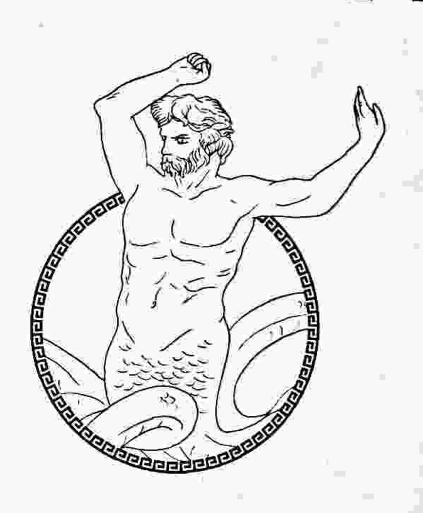
LA REBELIÓN DE LOS
GIGANTES



MITOLOGÍA
GREDOS

Realización: EDITEC
Diseño cubierta: Llorenç Martí
Diseño interior: tactilestudio
Ilustraciones: Javier Rubín Grassa
Fotografías: archivo RBA
Asesoría en mitología clásica: Laura Lucas
Asesoría narrativa y coordinación: Marcos Jaén Sánchez y Sandra Oñate

ISBN (O.C.): 978-84-473-8642-0
ISBN: 978-84-473-8705-2
Depósito legal: B 22257-2016

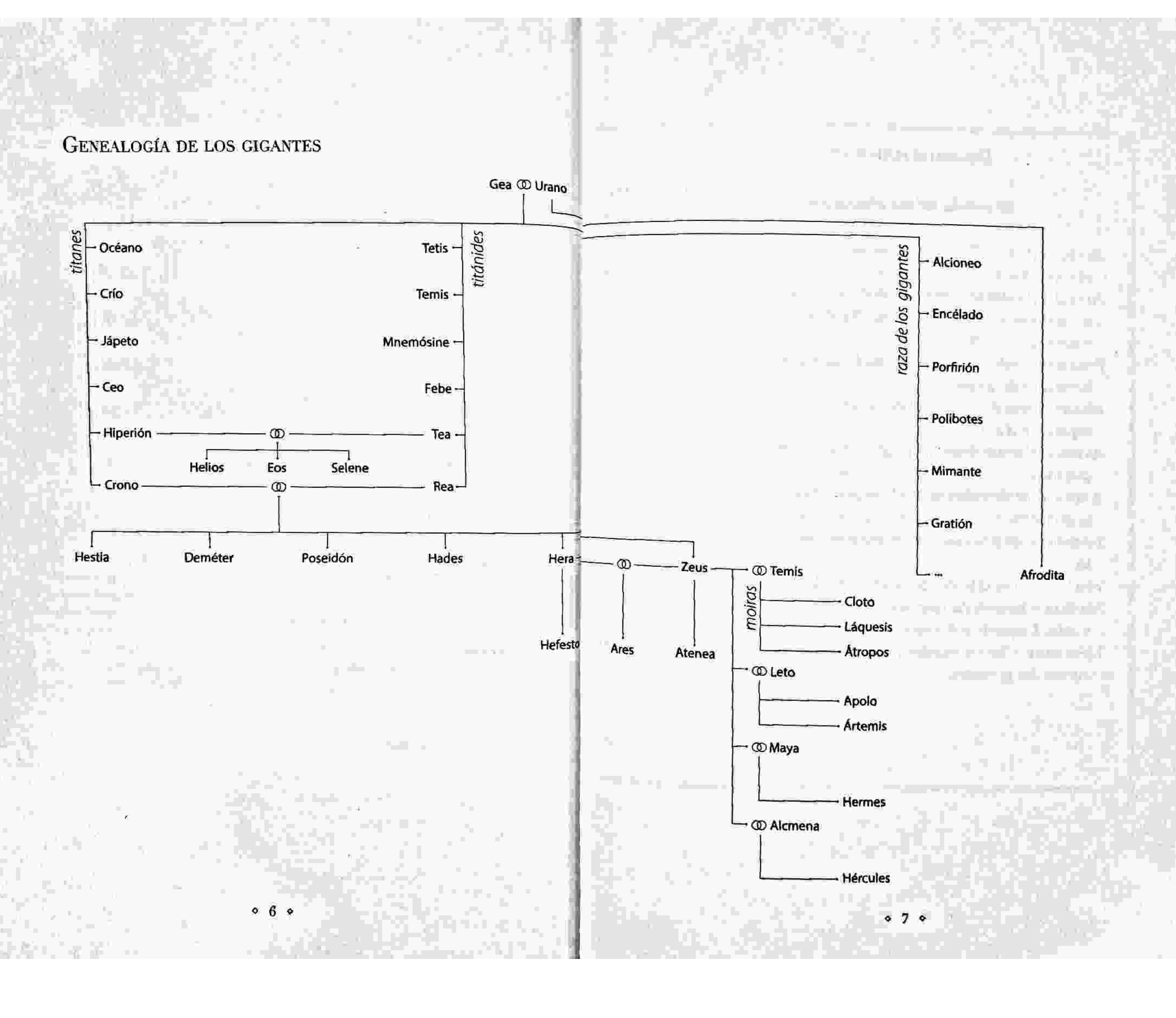
Impreso en Rodesa

Impreso en España - *Printed in Spain*

Arrojaban al cielo encinas encendidas y piedras. A los dioses se les había vaticinado que no podrían aniquilar a ningún gigante a menos que un mortal combatiera a su lado. Conociendo esto, Gea buscó una droga para que ninguno pudiera ser vencido.

Biblioteca histórica, Apolodoro, 1.6.1

Genealogía de los gigantes



DRAMATIS PERSONAE

El bando de los olímpicos

ZEUS – rey del Olimpo y señor del universo, el más poderoso de los dioses.

APOLO Y ÁRTEMIS – gemelos divinos, él, dios de la música y la adivinación; ella, diosa virgen de la caza.

POSEIDÓN – el señor de los mares, colérico hermano de Zeus.

HERA – diosa del matrimonio y del matriarcado, esposa de Zeus.

ATENEA – joven diosa de la sabiduría y la estrategia guerrera.

ARES – dios sanguinario de la crueldad en la guerra.

HEFESTO – dios herrero, hábil artesano de los dioses.

HELIOS – titán que conduce el carro del sol.

MOIRAS – hilanderas que tejen los hilos del destino; Cloto, Láquesis y Átropos.

HÉRCULES – héroe mortal, paladín de los olímpicos contra los gigantes.

El bando de los gigantes

GEA – la Madre Tierra, fuerza generadora de la que proceden todas las cosas.

ALCIONEO – caudillo de los gigantes, en comunicación con los secretos de la Madre Tierra.

ENCÉLADO – gigante orgulloso y de carácter rebelde.

PORFIRIÓN – gigante lujurioso que tiene por misión acabar con Hera.

POLIBOTES – vigoroso gigante encargado de enfrentarse a Poseidón.

MIMANTE – gigante que se enfrenta a Ares.

GRATIÓN – gigante que se enfrenta a Ártemis.

1

Enemigo desconocido

Allá abajo, muy lejos, una herida encarnada separó el cielo del horizonte. Como había estado haciendo desde los tiempos de los titanes, cuando su padre le cedió las riendas de su carro, Helios abandonaba su morada en el confín del océano y remontaba la bóveda celeste, llevando consigo al astro rey. Su hermana Eos, la aurora, era su heraldo y extendía sus dedos rosados por delante de él para preparar su llegada.

Desde su atalaya en lo alto del Olimpo, al borde de un precipicio desde donde aquel paisaje quedaba a sus pies, el soberano celeste Zeus contempló embelesado cómo los rayos oblicuos del sol iban recubriendo la superficie del mundo y haciendo que sus rugosidades, sus accidentes, las desafiantes construcciones humanas, proyectaran sombras esbeltas. Gea, se dijo, la Madre Tierra, debía de estar sintiendo también su caricia, tal vez estremeciéndose de placer al volver a entrar en

calor y notar el hormigueo de la vida que se desperezaba y se afanaba un día más sobre su anchuroso pecho. Aunque, si era así, él no podía saberlo, porque hacía eones que su abuela guardaba silencio.

El señor del universo clavó su alto cayado en la nieve con un golpe enérgico. Al instante, se hizo madera rugosa de la cual brotaron ramas llenas de hojas aguzadas, por lo que fue indistinguible de los demás abetos que poblaban aquellos bosques ásperos, salvajes, cubiertos de un blanco perenne. Así oculto lo dejó para que nadie osara apropiárselo en su ausencia. Luego se encaminó hacia el despeñadero y, al llegar a él, se lanzó al vacío. En cuanto el viento agitó sus cabellos ensortijados, nacieron recias plumas de su cuerpo, sus brazos se alargaron, sus pies se hicieron garras, un pico ganchudo endureció su rostro y sus ojos se volvieron negros, insondables, animales. Convertido en un águila gigante, descendió en picado hacia el mundo haciendo vibrar el aire. Esperaba encontrar alguna manifestación de Gea, algún indicio, por leve que fuese, de qué andaba haciendo, pues llevaba largo tiempo preocupado por su mutismo.

Sobrevoló la creación entera, jalonada por poderosas murallas y torres elegantes que se alzaban en ciudades donde burbujeaba la vida, urbes conectadas por senderos y caminos siempre transitados. Navíos de sólida factura surcaban los mares con hombres valientes al timón en busca de territorios desconocidos en los que establecerse o con cuyas gentes comerciar, de quienes aprender. Los choques eran inevitables, pero los hombres ya no eran tan salvajes como antaño, sino que habían aprendido a domar sus impulsos y dejar grabadas leyes en bronce para el beneficio de todos. Finalmente los mortales medraban y Zeus estaba complacido con ellos. Varios intentos fracasados habían llevado a la creación de la última raza, aquella estirpe capaz de emprender soberbias construcciones e idear planes magníficos y, al mismo tiempo, razonable y temerosa de los dioses en la consciencia de que todavía necesitaban su auxilio.

Aunque el soberano universal había elevado su morada celeste a los cielos para dejar a los hombres a su libre albedrío, los eternos no habían cesado de bajar a la Tierra para caminar entre ellos, pues su vitalidad era contagiosa y la belleza de su fragilidad, irresistible. Era imposible no amar sus destellos y no odiar sus sombras. Las uniones de hombres y dioses habían dado individuos muy notables, más que meros mortales, héroes impulsados por la audacia y ayudados por la fuerza de sus brazos y el fulgor de su inteligencia. Así los veía pulular el rey del cosmos, a menudo entremezclándose con sus hermanos y con sus hijos. No pocas veces él mismo había cambiado de forma para disfrutar del placer de tratar a aquellos seres asombrosos.

En las regiones más extremas, el helado norte y el ardiente sur, dioses y hombres se aventuraban asimismo en busca del límite de la vida. Ni siquiera en aquellas latitudes severas halló Zeus rastros de las labores que Gea pudiera estar emprendiendo. Cuando llegó al final de la parte seca de la tierra, más allá de la cual se agitaban las aguas del océano que la comprendía en su abrazo, el soberano celeste se posó en un promontorio rocoso que coronaba un acantilado. Recuperando la forma humana, posó la mano sobre la piedra e intentó sentir el latido de la Madre Tierra. Estaba allí, pero era casi imperceptible.

«Poderoso Océano, hijo del Cielo y la Tierra, sangre de la sangre de los titanes —dijo Zeus en el interior de su mente—, no pusiste tu brazo a mi servicio durante la guerra que libré para derrocar a los tuyos, pero tampoco actuaste en absoluto para torcer el mío, porque bien sabías que el destino estaba de mi parte. De muchos que te eran cercanos recibí ayuda y una de tus hijas más queridas, la astuta Metis, fue mi primera esposa. Sabio e inmenso como eres, conocedor de los últimos rincones, pues tus olas bañan por igual las ciudades de los hombres y las costas del inframundo, te ruego que me contestes si conoces la respuesta que busco. ¿Cuándo me perdonará la Madre de Todas las Cosas por la herida que le infligí hace ya tantas edades del universo?»

El viento silbaba furioso y revolvía los cabellos, las barbas, la túnica de Zeus. Olas semejantes a tempestades chocaban contra las rocas a sus pies. El señor celestial esperaba una respuesta. La voz de Océano tronó en el estallido de las aguas:

—Jamás.

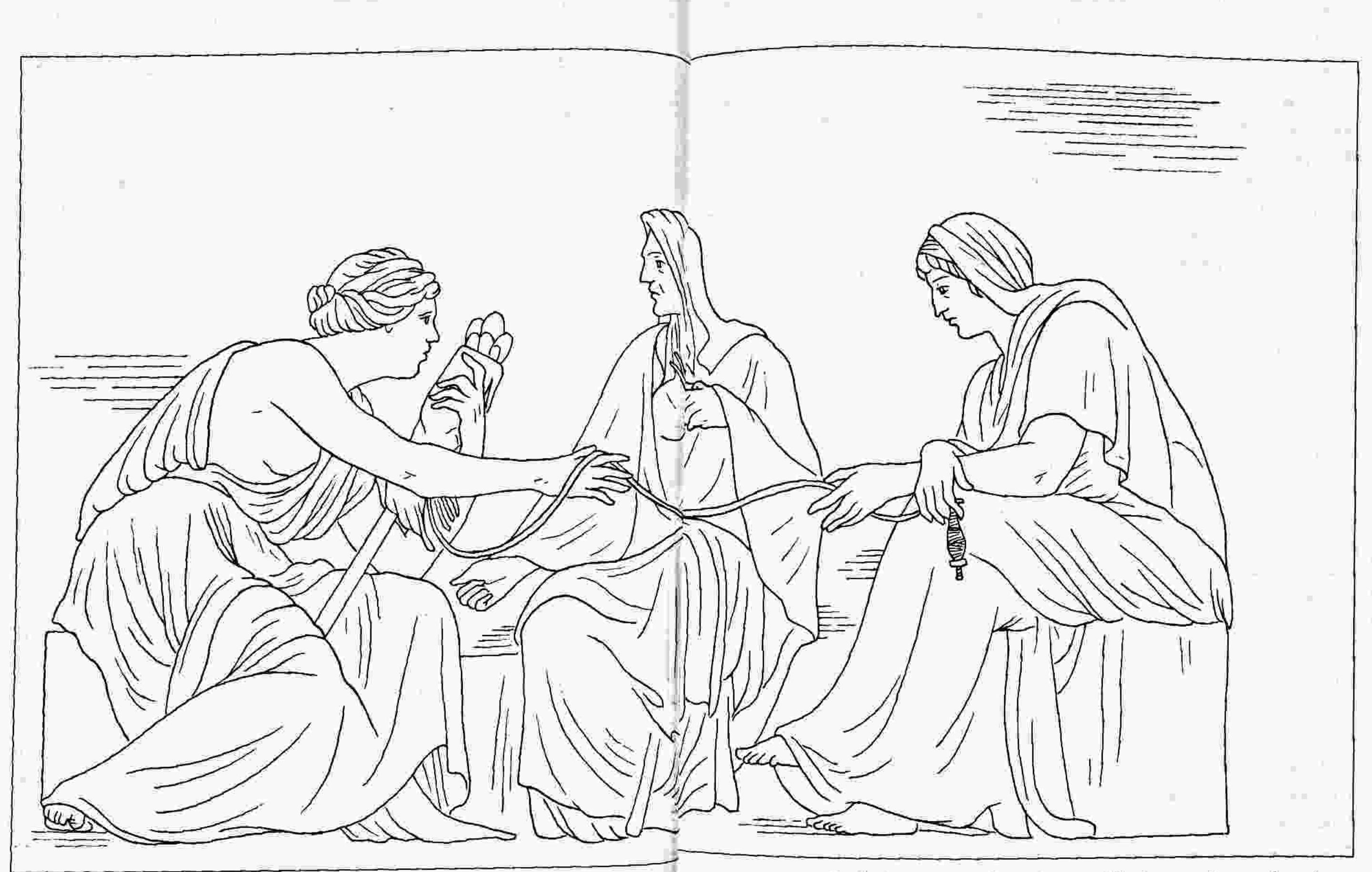
◇◇◇

En un espacio volátil que algunos situaban suspendido en el éter, siempre oculto a la vista desde la Tierra e inaprensible para los mismos dioses, se afanaban en su tarea las tres hermanas hilanderas, conocidas en todo el cosmos como las moiras, las repartidoras, ya que en sus manos estaba repartir la suerte de todos los seres vivos. Allí moraban, sostenidas en una urdimbre de hilos que venían del infinito desde mil direcciones, de arriba, de abajo, a derecha y a izquierda, para perderse de nuevo a la vista en el extremo opuesto, de modo que en el interior de la maraña sin centro ni periferia era

absurdo buscar el norte, el sur, el este o el oeste, y tan pronto volaban con la cabeza en los pies como al contrario. Hilos blancos, negros y de oro se extendían en tensión o decaían flojeando, deshilachándose, cabeceando movidos por la brisa; otros se inclinaban para cruzarse con los demás, a los cuales intersecaban o se anudaban o simplemente se enredaban formando un ovillo turbulento.

Una gigantesca nube de fibra resplandecía entre la maraña semejante a una estrella. A su alrededor danzaba, meciéndose en el aire, Cloto, la más joven de las hermanas, cuyos dedos iban estirando con suavidad de los retazos de fibra para luego retorcerlos hábilmente y convertirlos en hilo. Ondulándose hacia delante porque allí nada tenía peso, la hebra que ella confeccionaba llegaba a las manos de matrona de Láquesis, más madura que su hermana, quien medía su largura y decidía si era la adecuada. Con su refrendo, era Átropos, la anciana inexorable, la que avanzaba desde más allá con sus tijeras. Solo después de cortarlo, las moiras incorporaban el hilo de la vida a la compleja urdimbre, atándolo aquí y allá, entrecruzado con los demás. De tal modo trabajaban tejiendo el tapiz del destino con pocos momentos para el descanso.

Sucedió aquel día que la malla parecía más rígida que de costumbre y a la vez se mostraba tremolante, trayendo vibraciones transmitidas de algún lugar lejano. Las hermanas observaban los filamentos con recelo, pues temían que la tensión pudiera romper algunos de ellos. Cloto notaba la fibra áspera, nudosa, y le costaba manipularla mucho más que en otras ocasiones. Advirtió que, en lugar de estirar de ella como era debido, se separaba del núcleo por decisión propia, de modo



Se afanaban en su tarea las tres hermanas hilanderas conocidas como las moiras.

que se veía obligada a atraparla al vuelo. La hilandera volaba y volaba retorciéndola con los dedos para que no escapase libremente —algo del todo inaudito—, sin embargo, le daba la impresión de no trabajar con la agilidad necesaria. La fibra se iba acumulando ya a su alrededor.

Láquesis vio que el hilo llegaba demasiado grueso, desigual, con nudos, y quiso reprender a su hermana, pero cuando alzó el rostro vio que se había ido acumulando y que se había rizado en el camino y que formaba amplios bucles que se expandían buscando conectar prematuramente con la trama allá donde pudiera. Con ayuda de la vieja Átropos, fue a recogerlo, pero a las dos se les embrollaba en las manos, se les rompía, sus cabos sueltos se les escapaban. La urdimbre aumentaba sus temblores y parecía estar llamando al filamento díscolo.

Oyeron la voz angustiada de Cloto y, al volverse hacia ella, la encontraron envuelta en un capullo de fibra, presa de la nube. Ante su mirada aterrada, los hilos de la urdimbre se curvaron, deformándose, para ir al contacto del filamento rebelde, y ambos fueron enrollándose hasta formar un enredo inextricable en cuyo centro ellas mismas se encontraban atrapadas. Las hebras rodeaban sus brazos y sus piernas, pretendiendo aprisionarlas, pero ellas no se amedrentaron: estirando con fuerza, rompieron sus ataduras, rasgaron las hebras, las arrancaron de los hilos con los que ya se habían trenzado y lucharon con todas sus fuerzas contra aquel desastre.

Cloto desgarró la fibra del capullo con las uñas para liberarse e, impulsándose hacia afuera, renació igual que una mariposa. Ella misma cortó su unión con la nube, dejando solo un zarcillo ennegrecido que parecía dolerse de su parte amputada. A toda prisa recogieron las hermanas los fragmentos de hilo, que se habían vuelto sucios como el carbón. Apretándolos, los convirtieron en un ovillo deforme. Solo entonces las hilanderas lograron respirar con alivio. A su alrededor, la trama había quedado maltrecha, llena de hilos rotos, sueltos, deshilachados, meciéndose en el éter con el peligro de cruzarse con cualquier otro. Al ver su estado, las más jóvenes miraron a la mayor. Átropos refunfuñó y, haciendo levitar el ovillo maldito sobre su mano, lo consumió en una bola de fuego.

∞

El arrullo de las voces blancas, un sonido dulce y melodioso, bajaba por las laderas de la montaña con la levedad del agua de manantial, espumeaba al precipitarse por angosturas y derrumbaderos y se convertía en rocío resonante. Divertidas, las musas corrían entre los abetos mientras cantaban sin perder el aliento. Las nueve hermanas se dejaban llevar por una danza de ritmo incontenible, cuyo compás marcaba una lira tañida por dedos eternos, cuyas pulsaciones vibraban en el aire que llegaba desde las heladas tierras, muy lejos, al norte.

La brisa de la mañana transportaba aquella música para extenderla sobre la faz de la tierra. Con ese soniquete en los oídos despertaban los mortales en sus lechos, un estribillo que tarareaban sin saber cómo les había venido a la mente después de tantos años, pues recordaban a sus madres, a sus abuelas, a sus ayas, susurrándolo en sus oídos cuando eran niños y volvían a sentir el amor de su abrazo. Los animales se detenían a escuchar, algunos tendidos sobre sus patas, otros escondiendo la cabeza bajo sus alas, serenos, olvidados de su lucha permanente por seguir viviendo. Incluso los dioses sentían su ánimo

templado y aquietada su necesidad de poner en movimiento la potencia creadora o destructora que flameaba en el interior de cada uno. En virtud de aquella música inmortal, el universo se encontraba en tregua y todos sus órdenes se unían por un instante en un mismo sentimiento de sosiego.

Así fue hasta que las notas de la lira divina pareció que daban un traspiés: de pronto perdieron el ritmo y la afinación y luego se extinguieron con un chillido final. Extraviada la canción, las musas detuvieron su canto y fueron a buscarse unas a otras por el monte, confundidas. Por toda la Tierra, los mortales se vieron entregados de pronto al frío, al cansancio de una mala noche, a los rigores de las tareas que les deparaba el día; los niños lloraron desasosegados, las mujeres encintas sintieron dolores de parto, los propios dioses se estremecieron con extraña inquietud.

La música de la lira celestial se había originado en las regiones de clima extremo que se hallaban en el límite septentrional del mundo, territorios erizados de nevadas cordilleras donde pocos eran capaces de morar, salvo algunos hombres bravos y los eternos hiperbóreos. Allí, las últimas estridencias del instrumento habían provocado que las bestias de los bosques enloquecieran y se lanzaran unas contra otras. Sus presas —cabras montesas, alces, conejos— los observaban con extrañeza y se escabullían sin perder tiempo.

Sobre la nieve correteaba silencioso y ágil un joven ciervo que, en lugar de huir hacia el valle para reunirse con los suyos, llevaba el camino opuesto: hacia los riscos más elevados. En su ascenso, espiaba entre la maleza cómo manadas de lobos arrinconaban a osos pardos, víctimas de una rabia salvaje y absurda que les impedía darse cuenta de que sus

oponentes les causaban terribles daños. Contemplaba aquellas escenas con ojos intensos, que se movían por el paisaje con una inteligencia superior a la animal.

Llegó a la cumbre, donde la vegetación ya escaseaba. En una pared de roca pelada se abría un portal con un frontón sostenido por columnas. El ciervo lo atravesó con la familiaridad de un visitante asiduo. Así se internó en la fabulosa morada excavada en la piedra por manos inmortales, el palacio de altísimos techos que servía de refugio boreal al dios Apolo, un regalo de los hiperbóreos a su madre, Leto, que era originaria de aquellas latitudes.

La mansión se hallaba en un silencio sepulcral. Solo se oían las leves pezuñas del animal sobre la piedra entre las frías paredes, que se elevaban hasta perderse a la vista siguiendo las vetas de la roca. En busca de estancias conocidas, el ciervo llegó hasta el salón central, donde descubrió que la mesa estaba volcada, las copas de néctar y los platos de ambrosía tirados por el suelo, junto al arco y las flechas del dios. Junto a la gran chimenea, donde el fuego agonizaba, se encontraban las velludas pieles de animales donde Apolo solía tenderse a cantar. Sobre ellas, abandonada como un objeto sin valor, estaba la lira. Los ojos del ciervo empequeñecieron al ver el instrumento olvidado allí.

«Hermano, ¿dónde estás», dijo la virgen cazadora Ártemis, señora de las bestias, usando el pensamiento del cérvido como vehículo.

No obtuvo respuesta, pero, a pesar de ello, su llamada debió de producir algún efecto, pues se oyó la caída de un objeto pesado al suelo en una estancia anexa. Corrió hacia allí con sus ligeras patas. Encontró a Apolo en el dormitorio,

tendido en el suelo al lado de su camastro, que, al parecer, había intentado alcanzar. Su cuerpo se sacudía sin control a causa de espasmos furiosos. El ciervo, cuyo cuerpo había ocupado Ártemis, intentó lamerle la cara para devolverle la conciencia, pero el dios se había extraviado en un lugar muy remoto, cuyos paisajes desconocidos miraba sin ver con los ojos completamente blancos, desposeídos de iris, como vueltos del revés.

Al mismo tiempo, en la vertiente oriental del macizo del Parnaso, cerca de la ciudad de Delfos, una muchedumbre variopinta de peregrinos se agitaba ante las puertas cerradas del murete que comprendía el recinto del santuario. Los sacerdotes habían expulsado con cajas destempladas a quienes estaban dentro y habían atrancado el portalón con robustas traviesas. Desazonado, un soberano que había acudido como consultante, acompañado de su guardia, no dejaba de solicitar acceso, pues había hecho un camino largo y peligroso desde toda suerte de lugares en busca de alivio para sus angustias.

Al otro lado de la puerta, los sacerdotes corrían remontando la serpenteante vía sacra, entre las estatuas de mármol y bronce y los templetes con exvotos —donaciones de grandes reyes y caudillos de hombres—, preguntándose unos a otros qué sucedía, en total desbarajuste. Se iban reuniendo todos arriba, frente a la columnata del templo de Apolo, aunque ninguno se atrevía a entrar, pues salían espantosos gemidos de las tinieblas interiores. En la puerta apareció uno de los más ancianos, quien, con un gesto apresurado, hizo que le siguieran adentro los más jóvenes y vigorosos que pudo hallar. Detrás de él, los muchachos irrumpieron en la naos, donde corrieron bajo la estatua del dios, que se alzaba hasta el techo.

Entonces vieron que el anciano la rodeaba y se dirigía a la estancia que se situaba detrás, de donde venían los gimoteos. Antes de entrar allí por su angosta portezuela, el anciano se volvió y advirtió que los muchachos no lo seguían, sino que se habían detenido y lo miraban con el rostro lívido. Aquel era el ádyton, el lugar en el que no se podía entrar.

—¡No seáis necios! —exclamó el viejo.

La sima atravesaba la breve sala de uno a otro costado, una profunda fisura en el lecho de roca natural de donde emanaban densos vapores que saturaban el aire. La pitia, que parecía anciana y joven al mismo tiempo, se agitaba en el suelo entre grandes espasmos y arrojaba espuma por la boca. En vano intentaban sujetarla los viejos sacerdotes para que no se hiciera daño al golpearse contra la piedra o quemarse con las brasas de los trípodes que había volcado. Viendo llegar brazos fuertes, reclamaron angustiosamente ayuda para inmovilizarla, pero los jóvenes observaban desde la puerta, encogidos, sintiendo que una mano se cerraba alrededor de su garganta. Ninguno de ellos sospechaba que en aquel preciso instante en todos los santuarios que el dios Apolo había fundado en el mundo para dar alivio a los hombres concediéndoles destellos de su futuro, en la isla de Delos, en las ciudades de Abas y Basa, en las lejanas Dídima, Claros y Patara, sus profetisas y profetas habían caído en el mismo trance.

◇◇◇

Cuando se abrieron los portones, la violenta ventisca que azotaba el Olimpo arrojó ramas y hojas al interior del gran salón, rodeado de columnas que se alzaban hasta perderse a la vista y de paredes translúcidas al otro lado de las cuales

refulgían los astros prendidos en la bóveda celeste. Bajo la mirada del soberano celeste, Ártemis entró mientras ayudaba a caminar a su hermano, a quien sostenía con el brazo echado alrededor de los hombros. Queriendo continuar por su cuenta, Apolo se desasió de ella y avanzó con dificultad hasta los pies del trono celestial, elevado sobre jirones de nubes, los mismos que recubrían el suelo de mármol blanco, de manera que la sede de Zeus omnipotente parecía sostenida en el aire.

Hefesto acercó al dios un asiento de oro y, cuando este se disponía a recostarse en él, la juiciosa Atenea, resplandeciente en su túnica blanca sin mangas sobre cuya espalda caracoleaban sus cabellos, descendió de su sitial para prestarle su propio almohadón, que le alargó lanzándole una mirada esmeralda, como una selva sin fin. Los olímpicos se habían reunido en consejo a la llamada de su señor, que observaba desde el trono las dificultades de su hijo, mirándolo con sus ojos profundos, subrayados por su crespa barba. Su voz retumbó llenando la sala:

—No todos los presentes creen tus palabras.

—¿Acaso os ha engañado alguna vez? —protestó Ártemis, uniéndose a su hermano, parecida en todo a él: los largos cabellos, la complexión atlética, la belleza radiante de sus rasgos, aunque con el ornamento de la elegancia femenina.

—Quizá se engañe a sí mismo —murmuró Hermes. Se despertaron algunas risas mordaces a su alrededor.

Apolo alzó la mano para detener la disputa. Veía el desdén en la mirada del cruel guerrero Ares y cierta burla en la sonrisa de Afrodita. Tampoco le agradaba la conmiseración que reflejaban los ojos de la apacible y dulce Hestia y de Deméter, la fértil. Se esforzó por volver a ponerse en pie y hacerse oír.

—Son las propias moiras quienes me han dado a conocer la amenaza que se cierne sobre nosotros, un peligro que no estamos preparados para conjurar.

—¡Ridículo! —rugió el señor de los mares Poseidón, corpulento y barbado, desde su asiento—. ¿Cuál es ese enemigo? ¿Con qué poderes nos supera?

La gran señora Hera, esposa del soberano del Olimpo, fruncía el ceño, pensativa.

—El tiempo de los monstruos está llegando a su fin. Los mortales están acabando con ellos —sentenció Hera.

Apolo negó con la cabeza, sosteniéndose precariamente. ¿Por qué los suyos no querían escucharlo?

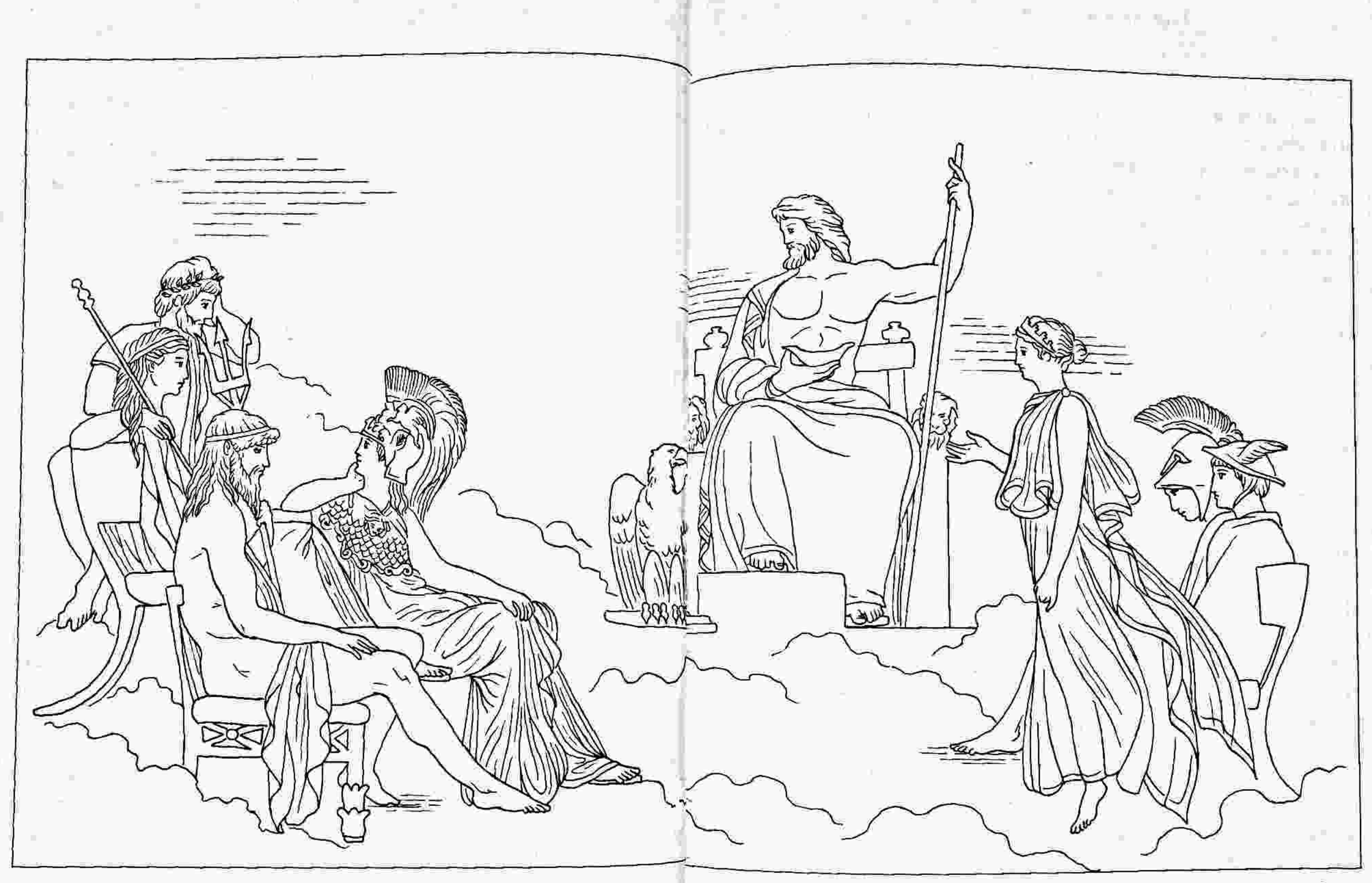
—No es posible saber de dónde va a venir ni bajo qué forma se va a manifestar —dijo—, pero lo que sí está anunciado es que nos batiremos inútilmente en su contra si confiamos solo en nuestros propios medios.

Salió Ares de su ensimismamiento, pues había permanecido en silencio, mirando a otra parte, con la mente —se diría— en asuntos enteramente distintos, durante toda la conversación:

—¿Acaso deberemos buscar a alguien que se bata por nosotros? ¿Qué prodigio de criaturas tendrían la altura necesaria para ser nuestros paladines?

—En la raza de los hombres no faltan héroes esforzados, capaces de grandes logros —le contestó Atenea.

Todos los presentes se sobresaltaron, provocando una murmuración que recorrió todos los asientos. No pocos se mostraban incrédulos y murmuraban que aquella historia era un absurdo. Entonces Zeus se levantó tan imponente como era, de modo que su presencia se proyectó sobre la



Los olímpicos se habían reunido a la llamada de su señor, que observaba desde el trono.

sala entera desde su sitial elevado. Mantenía la mirada fija en las puertas, que se habían quedado abiertas, con el viento silbando a través de ellas. Se hizo el silencio para escucharlo:

—Estad atentos a las señales del mundo. Que nadie pueda decir que, por estupidez, devolvimos el cosmos al caos.

Un movimiento de su mano agitó la neblina que cubría el suelo, de aspecto inofensivo, y la convirtió al instante en un huracán que movió las inmensas hojas de las puertas hasta cerrarlas con un golpe resonante con el cual temblaron las estrellas.

◇◇◇

Palpitaban los capullos de roca ígnea encajados entre milenarias estalagmitas y supuraban por sus fracturas flujos al rojo vivo que teñían la bóveda con un vacilante resplandor escarlata. Durante eones habían aguardado en letargo, amadrigados en aquel refugio apartado de los colosales acontecimientos que tenían lugar en la superficie y las edades que se sucedían. Aquel lugar lo había mantenido Gea fuera del conocimiento de las potencias del universo. Aunque no de todas.

Allí llevó, en el principio de los tiempos, a su esposo Urano con el propósito de sanarlo de sus heridas después de que su hijo Crono lo castrara para derrocarlo del trono celestial. Ella misma había puesto la hoz cruel en la mano del agresor, pues Urano, el Cielo, la tenía sometida a sus designios y, temeroso de poderes mayores que el suyo, le impedía que diera a luz los seres magníficos que eran fruto de sus relaciones. Gea tramó el plan y armó a Crono, pero, al ver a su marido herido, se apiadó de él. Fue entonces cuando lo arrastró al lugar más oculto, más profundo de sus entrañas, al cubil de la Tierra.

En la sangre que se perdía del desgarro de Urano, del que tardó mucho en recuperarse, ardía un vigor tal que siguió caliente y creando vida al contacto con la fértil materia de su esposa durante océanos de tiempo. Sin embargo, no siempre Gea permitió que su producto saliera a la superficie, pues, al haber nacido del despecho, algunos de sus vástagos resultaron ser atroces, monstruosos. Aunque el único anhelo de la Madre de Todas las Cosas era que la vida saliera adelante sobre su anchuroso pecho, se había resistido hasta el momento a desatar en el mundo potencias de caos.

Ahora bien, sus decepciones con los reyes que se habían sucedido en el trono celeste eran grandes. Una vez con el poder en las manos, todos caían en los mismos errores y cometían crímenes parecidos. Se conformaban, se dejaban vencer por el miedo a ser derrocados, se volvían crueles y obtusos, injustos, indignos. Y, una vez más, ella era la única capaz de ver lo que el cosmos exigía, la única que se atrevía dar el paso necesario, a limpiar su piel de las excoriaciones que la irritaban, a destruirlo todo para volver a empezar.

«Despertad, hijos míos», murmuraba la Madre Tierra a través de vibraciones en la piedra que agitaban los capullos e iban agrietando su recubrimiento. La lava manaba a borbotones por las fisuras y, anegando el suelo, consumía las estalagmitas entre inmensas humaredas. En medio de la ponzoña, solo el fulgor rojizo de la sangre de la Madre Tierra seguía vislumbrándose. Así se fue saturando el aire de la gruta, que empujó en todas direcciones en busca de una salida. Por cualquier rendija, por cualquier poro de la tierra, se colaban el magma y el humo en una desesperada huida hacia la superficie. Cuando la presión fue ya insoportable, los capullos al fin reventaron.

2

Monstruos desatados

Al otro lado del golfo al que llamaban Termeo por bañar las costas de la ciudad de Terma, la tierra penetraba en el mar en forma de una península que al sur se dividía en tres largos dedos rodeados de agua casi por todos sus lados. Desde la más occidental de estas espigadas regiones, llamada Flegra, se veía al oeste la costa de enfrente coronada por la cima brumosa del monte de los dioses.

Ondulaban en la península colinas suaves, prados sinuosos, buenos pastos para el ganado. Sin embargo, al llegar aquel invierno la tierra se había ido secando, como quemada por el sol aunque se sucedían los días encapotados. La lluvia no humedecía el suelo, porque este emitía calor —advertían los pastores—, primero tenue, agradable incluso, pero cada vez más intenso. La hierba fue muriendo y la tierra se cuarteó, el agua se pudrió en los abrevaderos, las rocas quemaban al tocarlas. Los animales se lamentaban, con las pezuñas doloridas.

No había nadie allí el día en que la tierra se resquebrajó en atroces heridas, semejante a carne sajada por un cuchillo implacable, nadie que pudiera ver cómo estallaban cráteres que escupían vapores y ceniza, salivaban azufre, supuraban humores incandescentes. Ningún hombre ni dios se encontraba allí para oír el rugido atroz que partió el suelo, ni para presenciar la aparición de los brazos descomunales que se abrieron camino desde las profundidades separando las masas de tierra como arena de playa.

◇◇◇

La sacudida agitó los bosques del norte de Flegra, cuyos árboles crujieron con dolor y perdieron sus hojas en un solo instante, en el cual cayeron desfallecidas por miles y alfombraron por completo el sotobosque. Los animales terrestres salieron corriendo hacia el sur y todas las aves volaron sobre el mar en busca de otras costas, todas excepto una, una lechuza de plumas blancas y grises que, volando en dirección contraria, se dirigía a la península.

Vio el ave plateada que un viejo olivo dominaba el istmo desde un promontorio y descendió hasta él para recogerse en el interior de la hendidura que le hería el tronco. Entonces, desde la sombra, con sus sabios ojos verdes moviéndose inquietos, se dedicó a atisbar el ajetreo furioso, colosal, que se desplegaba abajo. Seres gigantescos, altos como colinas, acarreaban peñascos rodeándolos con brazos poderosos en los que se hinchaba una musculatura semejante al lomo de un elefante en embestida. Sus espaldas relucientes al sol asemejaban desiertos de piedras, duros, abultados, impracticables. Sus piernas tenían el aspecto de robustas ballenas y cada una de

sus pisadas sacudían el suelo. Desde su altura proyectaban tan extensas sombras que a sus pies se hacía la noche. Amontonaban las peñas una a una en la costa norte para formar una muralla circular dentro de la cual se alzaban ya toscas construcciones, meros amontonamientos de aspecto escabroso. Mientras tanto, en el mar, otros cavaban en el lugar más estrecho del istmo para abrir un canal que aislara Flegra. Cuando algunos salieron del agua, llevando consigo farallones enteros, la lechuza agrandó sus ojos al descubrir que no todos ellos caminaban, sino que muchos se deslizaban ondulando sobre un enredo de apéndices reptiles que ocupaban la mitad inferior de su cuerpo, de manera que en lugar de piernas parecía que tenían cuerpos de serpientes monstruosas.

El ave se asomó hasta el borde de la hendidura, estiró sus largas y esponjosas alas y, lanzándose adelante, remontó el vuelo. En pocos segundos había tomado altura y sobrevolaba la fortificación y el canal para verlo mejor. Sentía las miradas coléricas de aquellas criaturas gigantes clavadas en ella, pero ya no le importaba ser descubierta, pues era urgente reaccionar. Inclinándose, cambió el rumbo para volver a la morada de su padre, ansiosa por explicarle lo que había visto. ¿Creería ahora las advertencias de Apolo? Atenea estaba intranquila, no solo por la inminencia de la amenaza, sino por la terquedad, el orgullo de los olímpicos, que tantas veces los cegaban.

◇◇◇

Tan pronto como vio aparecer a los jinetes por el camino que culebreaba desde el mar, el jefe de los centinelas dio la orden de abrir la puerta para dejarlos entrar sin perder tiempo. A sus órdenes, la guardia despejó a toda prisa la vía

principal de la ciudad, echó a los mercaderes, apremió a los vecinos a que no salieran de sus casas. Los jinetes atravesaron la entrada y no se detuvieron, sino que galoparon por la avenida en dirección a la parte alta. El repiqueteo exaltado de los cascos sobre las piedras irregulares del suelo recorrió la villa, que escuchaba en silencio, conteniendo el aliento. Saltando a tierra desde sus monturas apenas alcanzaron la puerta del palacio real, los exploradores subieron corriendo la gran escalinata.

Se abrieron con violencia las puertas del gran salón —el mégaron— donde recibía el rey. Los mensajeros tenían el rostro lívido y apenas conservaban el resuello. Antifón de Sane, un rey joven aunque de fuerte brazo, los aguardaba, flanqueado por su esposa y un anciano adivino. Les indicó con un gesto a los mensajeros que no se reclinaran, sino que lo informasen sin demora:

—¿Qué clase de criaturas son?

—Son seres indescriptibles —balbució torpemente uno de ellos. Y luego intentó ofrecer un relato de lo que habían presenciado en el istmo, al norte de la ciudad. A medida que se iba extendiendo en detalles espantosos, los miembros del consejo iban lanzando lamentos y clamores consternados. Los hijos del rey, apenas unos niños, no pudieron evitar el llanto.

—¿Avanzan sobre nosotros? —preguntó el monarca.

—No es posible saberlo, pero no podemos esperar a averiguarlo. Tenemos que huir.

El viejo adivino, muy respetado en la corte, se adelantó, alzando las manos en señal de calma:

—No nos dejemos arrebatar por el pánico. Criaturas tan magníficas como retratáis ya estarían aquí si nos quisieran

mal. ¿Cuántos pasos tendría que dar un ser con la altura de cincuenta bueyes para alcanzar nuestras murallas?

—Quien los haya visto con sus propios ojos sabe que no pueden pretender nada bueno —insistió el explorador.

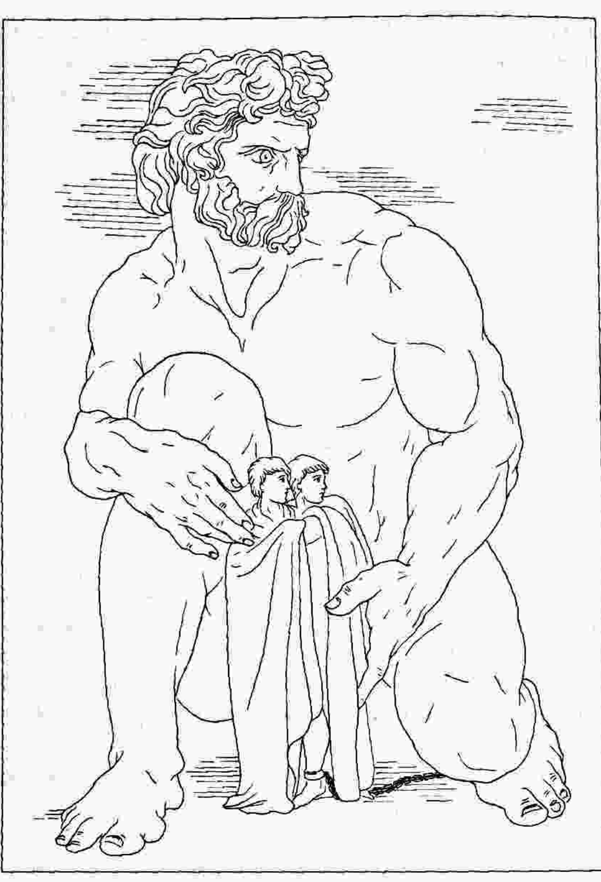
—Son seres divinos —señaló el anciano—. Yo digo que saludemos pacíficamente su llegada.

Antifón dudaba mirando a unos y a otros. El rostro de los presentes no reflejaba razonamiento alguno, sino puro miedo. A su lado, una lágrima resbalaba por la mejilla de su esposa, abrazada a sus hijos, que se agazapaban en su regazo. Con un nudo en la garganta, el joven rey se dispuso a hablar.

No llegó a hacerlo. El edificio se zarandeó como si el sol se hubiera despeñado contra él. Una resquebrajadura del tamaño de un arroyo recorrió en un instante todo el techo, descendiendo luego por la pared. Cayó el polvo y los primeros cascotes. Todos salieron huyendo al instante para salvar su vida.

Al salir a la explanada que había frente al palacio, vieron Antifón y los suyos que una roca descomunal, semejante a un pequeño altozano, había arrasado la muralla. Hacia el norte, en los bosques, una multitud de formas monstruosas se abrían paso sobresaliendo por encima del dosel arbóreo. Llegaba desde allí un nuevo proyectil describiendo un arco en el cielo. Al caer, se llevó por delante otra sección de la muralla, que fue aplastada como si estuviera hecha de cañas, y luego siguió rodando por la ciudad haciendo añicos las casas hasta detenerse por su propio peso.

—El holocausto somos nosotros —murmuró el monarca para sí. Entonces, cayendo sobre sus rodillas, alzó las manos hacia los cielos—: ¡Zeus todopoderoso! ¿En qué te hemos ofendido?



Bajo la mirada de los gigantes, los ciudadanos encadenados se dirigían hacia el norte.

Al atardecer de aquella misma jornada, desfilaba Antifón de Sane bajo la mirada de los gigantes, cubierto de cadenas, al frente de la extensa columna formada por todos los ciudadanos que había jurado proteger, arrastrados por los senderos de Flegra hacia el norte.

∞

Los cuatro corceles de Helios galopaban por el cielo, respondiendo a las órdenes que el titán les daba con gentiles zarandeos de las riendas. Una aureola de rayos de luz coronaba al conductor, a cuya espalda la esfera del soberano de los astros llameaba en una combustión constante, excitada por el estallido de tormentas de fuego que eyectaban filamentos retorcidos. Helios podía contemplar el mundo entero desde su altura, pero, concentrado en guiar su carro con mano firme, no solía prestarle demasiada atención. Fue cuando descendía ya hacia su mansión en el extremo del mundo, conduciendo sus caballos, ya cansados, sobre el océano, cuando cayó en la cuenta de algo que le había pasado desapercibido: al sobrevolar las últimas costas, el límite de la parte seca de la Tierra, había pasado por la isla de la Puesta, donde guardaba él su mejor ganado. Una quietud inusual había reinado en aquella parte de su vuelo y solo ahora se percataba de ello.

Con sus últimos fulgores, se puso el sol en el horizonte y prendió las aguas. Elegantes aves zanquilargas revoloteaban sobre las marismas de la isla de la Puesta. A esta hora solían dormitar por cientos, sosteniéndose con una sola pata, pero, aquel anochecer, no hallaban lugar alguno donde posarse porque los marjales habían desaparecido, se habían convertido en un fangal inmenso, un revuelto de tierra y rocas levantadas desde

el lecho por una fuerza descomunal. Tierra adentro, solo los jabalíes y los linces se atrevían a asomar sus hocicos a través de la espesura para inspeccionar el surco gigantesco que nacía en el mar y se internaba en la isla. En las colinas alfombradas de prados mullidos ya no pastaban las hermosas vacas, los becerros, las terneras. La tierra despellejada, arrasada por heridas profundas, parecía el escenario de una batalla entre ejércitos descompensados, uno de los cuales dispusiera de máquinas de guerra inconcebibles, capaces de partir árboles, de levantar carros de tierra, de arrancar de cuajo macizos rocosos y lanzarlos por los aires. Las reses de Helios habían desaparecido.

◇◇◇

En el interior del vórtice que giraba en el suelo del gran salón del señor celeste se abría una ventana al mundo de manera que se podía contemplar cualquier lugar, cualquier momento, como si se estuviera verdaderamente allí. Zeus observaba de pie delante de su trono, con el ceño fruncido y los labios apretados, cómo aquellos seres gigantes hacían trabajar en su ciudad fortificada a los habitantes de Sane, de Afitis y de las demás ciudades de Flegra. Alrededor del remolino se hallaban también Atenea, Hera y otros olímpicos, siguiendo con gesto turbado las imágenes en movimiento. Hermes, el imberbe heraldo de los dioses, entró en la sala portando su vara alada de oro, y la atención se volvió hacia él. Su mirada huidiza revelaba que su misión había resultado un fracaso:

—No vendrán. Aduce el señor de los mares que los gigantes no tienen nada en su contra, según prueba el hecho de que hayan respetado Potidea, la ciudad que ha quedado al norte del canal de Flegra, que le está consagrada. El señor

del inframundo, por su parte, no ha querido recibirme. Las sombras de los muertos se acumulan ahora a sus puertas y está complacido.

Ares salió del lugar oculto entre las columnas desde el que escuchaba, desinteresado por las imágenes, pero atraído por el olor corrupto del conflicto.

—¿A qué viene este alboroto? Que corran los mortales dominados por el pavor, pero no nosotros. No me parece que fuera difícil, si tú lo quisieras, soberano omnipotente, podrías convertir en pulpa esas estúpidas montañas de músculos.

—Debemos actuar, pero no de modo alocado —intervino Atenea—. Quién sabe la devastación que pueden causar estos monstruos en el combate si presentan resistencia.

—Dame la orden, padre, y aguarda a mi vuelta sentado en tu trono —dijo Ares, ignorando a su hermana, atento más bien del efecto de sus palabras en la hermosísima Afrodita, que flanqueaba a su marido, el cojo Hefesto.

—Si este es el peligro que se ha anunciado —contestó Zeus—, no bastará la unión de nuestros brazos inmortales para derrotarlo. Aún está por ver cómo nos enfrentaremos a él. ¿Apolo calla todavía?

—Calla aún, padre —respondió Ártemis—, pero no ceja. Sigue recuperándose en su santuario de Delfos, en el fondo de la sima cuyos vapores le producen la comprensión de cómo se entrelazan los hilos del destino. En estos días extraños ni siquiera las moiras hallan sosiego para su ánimo.

Hefesto abandonó su habitual discreción para avanzarse a hablar ante los demás:

—¿Podemos dar por cierto que estos seres son la amenaza anunciada y no un asunto que debiéramos dejar para que re-

suelvan los hombres? Según sabemos, no han alzado todavía su mano hacia nosotros con aires de amenaza.

—¡Eso es falso! —se oyó clamar con reverberación en la inmensa sala.

Los presentes se volvieron hacia las puertas, que aún se abrían por su propia voluntad para dejar entrar a Helios. Sin pedir permiso, el titán irrumpió tempestuosamente cargado con un pesado volumen sobre los hombros. Lo lanzó al suelo de mármol, donde se hallaba el torbellino, de modo que lo despejó y extinguió las imágenes. Molesto por su brusquedad, Zeus aumentó en altura y corpulencia a la vista de todos, cerniéndose sobre él desde su sitial elevado. Pareció que la luz huía del salón, que el frío aumentaba, que las nubes circundantes ennegrecían y se cargaban. Su mirada intensa despedía centellas, reclamando una explicación al punto, pues ni siquiera los titanes que se aliaron con los olímpicos en la lejana guerra gozaban del privilegio de conducirse por la morada del soberano del universo como quisieran. Consciente de su descortesía, Helios agachó la cabeza. Como declaración no hizo más que señalar hacia la carga que había soltado en el suelo. Allí estaba su mejor toro, el más bravo, el más fornido, partido por la mitad, como una rama, por dos manos colosales cuyos dedos habían quedado marcados en la carne aplastada del animal.

∞∞

Cuando se alargaba por el interior de la ciudad fortificada, la sombra de la muralla —alta como los propios gigantes— retrasaba el amanecer y adelantaba la puesta. El mundo se volvía helado entonces bajo los pies de aquellos seres, donde los esclavos se debatían entre el barro, trasegaban pesadas cargas, ejecutaban penosos trabajos, mientras intentaban evitar que un paso despreocupado de sus amos los reventara y desparramara sus tripas y sus sesos por el suelo.

Dentro de un cercado para el ganado bovino, Antifón, antiguo rey de Sane, veía despuntar los rayos de sol por encima del parapeto y los buscaba desesperado para entrar en calor y que secaran sus ropas. Debido a su gran tamaño, cuando los gigantes hablaban, los hombres solo oían sonidos retumbantes similares a los truenos. A pesar de ello, el monarca había sido capaz de identificar a quien podía entenderse como su caudillo, pues era al que todos obedecían. No parecía, de todos modos, que los demás fueran muy partidarios de recibir órdenes y a menudo daba la impresión de que discutían.

La tierra tembló al ritmo del caminar de los gigantes. Su volumen bloqueó la luz del sol allá en lo alto, de manera que Antifón volvió a verse en la noche. Estallaron sus voces roncas, tan ensordecedoras para el monarca destronado que tuvo que llevarse las manos a los oídos, mientras los animales corrían a refugiarse en el otro extremo del establo. Antifón se fijó en los gigantes que hablaban, porque quería distinguirlos y averiguar a qué obedecía su colosal emprendimiento. Cualquier cosa que averiguara, pensaba, lo podía ayudar a encontrar un medio para escapar y tal vez liberar a los suyos. Espiaba aquella conversación inverosímil cuando de pronto, sin más, le pareció que las voces dejaban de bramar de modo indistinguible y que las palabras se le hacían claras, aunque sonaran tan fuerte en sus oídos que le molestaran en la cabeza.

—¡Ese estúpido, ese ingrato que reprende nuestras expediciones! ¡Son ellas las que nos procuran sustento! ¿Qué estamos aguardando aquí escondidos? ¿A quién podemos temer nosotros?

—Alcioneo tiene el conocimiento de potencias que nos superan en mucho. Debemos escucharlo cuando dice que no estamos preparados. Contén tu orgullo, Encélado.

—No es orgullo, es coraje. No vamos a esperar más. Será él quien nos escuche.

Tal diciendo, el gigante llamado Encélado dio la vuelta y se alejó, llevándose la sombra consigo.

Un nuevo brillo iluminaba ahora la mirada de Antifón, con los ojos mudados de color, el ceño arrugado, el rostro endurecido. Parecía enteramente otro, un ser que se hubiera revestido de una energía de intensidad sobrehumana. Recorrió con la vista el escenario que lo rodeaba como si lo observara por primera vez. Vio las columnas de humanos que serpenteaban muralla arriba por caminos precarios, por los cuales cargaban piedras y arena para rellenar el apilamiento tosco que era la obra de los gigantes. Las filas podían rastrearse hasta una colina partida por la mitad, de cuyas minas extraían cal unos esclavos cubiertos de blanco entre los cadáveres apilados de quienes habían trabajado hasta el límite. En el centro de la fortaleza se divisaba algo verdaderamente singular: un abismo abierto en forma de círculo por el que entraban y salían los gigantes. De allí surgían los aires pestilentes y los ecos pavorosos que rondaban todo el lugar. Dejando caer su bastón de vaquero, Antifón abandonó las reses, saltó la valla y se perdió en el lodazal que era aquella ciudadela presidio, escabulléndose ágilmente entre los pies

de sus captores, mirando aquí y allá, escuchándolo todo, espiando desde su pequeñez de humano a ras de suelo, como un insecto en el que nadie reparaba.

En las cimas nevadas del Olimpo, Zeus se aferraba a su cayado para mantenerse en pie. Miraba hacia el vacío sin realmente ver, pues un velo turbio cegaba sus ojos. En su mente desfilaba el paseo de Antifón, todo aquello que se ponía ante los ojos del mortal, todo lo que llegaba a sus oídos, el estremecimiento por el frío, por la tierra mojada bajo los pies, el dolor en las llagas de las cadenas. En virtud de aquella argucia recorrió el soberano celestial el bastión hasta su último recoveco para descubrir qué preparaban los seres abominables que mancillaban el mundo, el fruto de su creación.

◦◦◦

Rugían las olas en su eterno rodar, dejando una larga estela de espuma blanca al romperse al paso de un bajel. Este había zarpado bajo los dedos rosados de la aurora del puerto de Melibea, cerca del monte Osa, con destino a la isla de Esciros, donde esperaba un buen dinero a cambio de su preciada carga de corceles criados en las llanuras, los más agiles, los más vigorosos. El viento llenaba las velas, las sogas restallaban en los palos. Los marineros miraban el cielo azul con buen ánimo en aquel viaje anodino.

Las aguas se revolvieron alrededor de la nave y la hicieron cabecear. Corrieron los tripulantes por la cubierta para aplicar sus artes marineras: se colocaron en sus puestos, preparados para cualquier orden. Sin embargo, el capitán miraba alrededor desde el castillo de popa sin ser capaz de interpretar las señales que veía. No era el viento, sino solo el mar el que se

había encabritado. Ni una nube de tormenta, ni una brizna de viento borrascoso. ¿Qué sucedía en las aguas?

El barco se puso de costado y a punto estuvo de volcar cuando, justo a su lado, emergió del agua la cabeza enorme de una criatura brutal. A medida que se alzaba, reveló sus vastos hombros y su torso, semejante a una pared de roca, como un acantilado que se levantara en medio del mar, recubierto de algas. El barco se zarandeó y los marineros tuvieron que asirse a sogas y maderos. El horizonte se desplazó hasta quedar muy abajo. Volaban ahora en las manos del monstruo. Olieron la fetidez huracanada de su respiración y vieron los pozos de sus ojos abriéndose para examinar la cubierta. El ser alargó un dedo para dar un golpe a las jaulas de los caballos, que piafaron y brincaron, dándose contra los barrotes. Su voz tronó: estaba satisfecho. Se volvió hacia el norte y, ondulando sus pies de serpiente para mantenerse por encima de las aguas, emprendió la ruta de regreso a Flegra.

Desde su gran altura, el gigante divisaba el extremo sur de la península y ya se veía arribando a la costa cuando distinguió el centelleo de un leve punto en el cielo del oeste. Descendía y aumentaba su tamaño por momentos. Deteniéndose, se encaró hacia él, apretó el mentón, arqueó los brazos.

El viento rugía alrededor del sañudo Ares en su vuelo rabioso. Silbaba la punta de su lanza enhiesta adelante, fulguraba su coraza de bronce. Desde el interior de su casco, cuya prominente cresta se agitaba con violencia, sus ojos despedían aquel fuego que jamás se apagaba mientras estudiaban los movimientos del extraordinario cuerpo de aquel ser. Era lento, como había imaginado. No sería capaz de atraparlo, de anticiparse a él, de moverse a tiempo. Lo atravesaría como

un pollo en el espetón. Aferrando la lanza con ambas manos sobre el pecho —con el escudo circular prendido al brazo—, el dios se dirigió al corazón del gigante y concentró en el golpe la inercia que estaba acumulando, el peso de su cuerpo, la fuerza de sus brazos.

Al impacto, pareció que una montaña se partía. Sonó un estallido seco, tan grave que, en lugar de oírse, quedó marcado en la mente. El cuerpo del gigante se hundió en un suspiro y provocó un maremoto cuyas olas colosales se extendieron en derredor y llegaron a alcanzar lejanas costas. Aún se removían las aguas cuando ya salían a flote maderos, lonas, sogas, cuerpos de marineros y de caballos ahogados. La lechuza de plumas plateadas llegó volando y se posó en un despojo de la quilla. Aleteó nerviosamente al ver los cadáveres. «¡Gran padre Zeus, este hijo tuyo es un idiota salvaje!», se dijo, sabiéndose escuchada.

Cerca de allí emergió la lanza de Ares y no tardó en aparecer también el cuerpo sin sentido del dios. La lechuza fue a buscarlo, asió el cuello de la coraza con sus garras y aleteó poderosamente para sacarlo del mar. Luego, describiendo un círculo, fue cobrando altura con dificultad, lastrada por el peso, hasta que viró en dirección oeste, hacia el Olimpo.

Una montaña se alzó de las aguas para cerrarle el paso. El gigante seguía vivo, con apenas una llaga sangrienta en el lugar donde Ares lo había golpeado. Su brazo hizo vibrar el aire cuando cayó para darles un manotazo resonante. Estalló la superficie del mar al chocar los dioses contra ella. Atenea saltó con agilidad fuera del agua y quedó suspendida por encima. Había recuperado su forma de divina doncella, armada con su lanza y acorazada con su casco, su escudo, su

peto de bronce sobre la túnica blanca. El gigante ya se movía para ir en su busca. La diosa advirtió que, en la lejanía, viniendo de Flegra, se alzaba una cortina de agua y se oían gruñidos atronadores. Interpuso el escudo, apuntó la lanza hacia un lado haciéndola relumbrar, entornó los ojos.

El gigante se abalanzó sobre ella. Fácilmente vio la astuta guerrera que pretendía encerrarla en un abrumador abrazo. En lugar de aguardarlo, se adelantó a él: saltó a buscarlo, se apoyó en sus manos enormes y, dándose impulso, se proyectó enseguida a la altura de los ojos del gigante. Clavó la lanza en la sien con tanta enjundia que desmoronó al monstruo hacia el lado contrario. La diosa se zambulló al caer, pero volvió a romper la superficie al instante con un salto y luego voló exaltada —abriendo un surco en las aguas a su espalda— hacia los gigantes que venían en auxilio de su hermano. Al verlos ya muy próximos, frenó dando un giro y, sacando provecho del ímpetu que traía, sacudió su escudo sobre el mar. Así levantó una ola formidable en forma de arco que fue aumentando hasta alcanzar a los gigantes, a los que echó atrás, devolviéndolos a las costas de donde procedían.

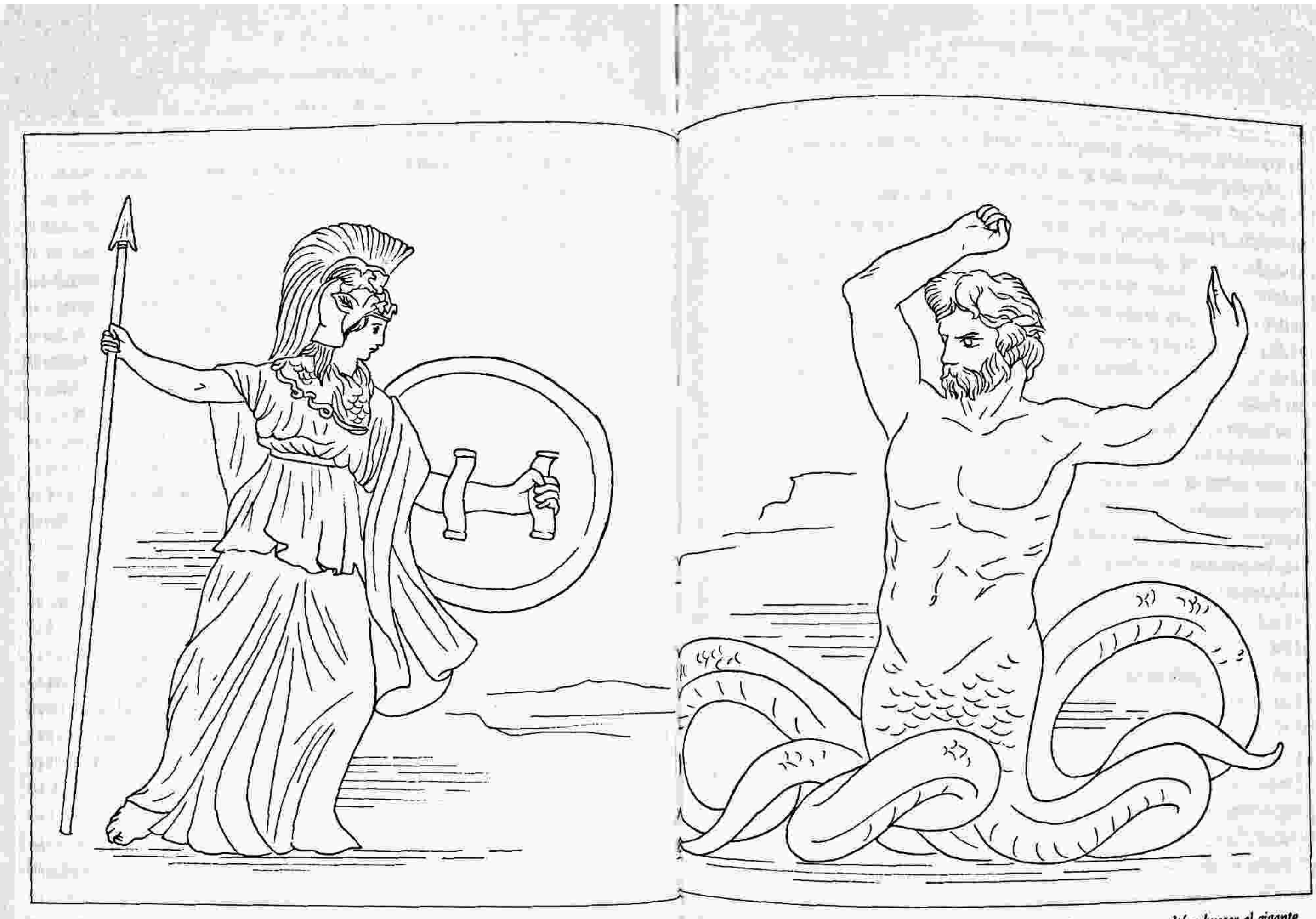
Se disponía Atenea a volver para recoger a su hermano cuando unas manos colosales se cerraron sobre ella. A pesar de extender todos sus miembros, apenas logró la diosa separar la trabazón de los dedos, pues parecía que apretaban con la fuerza misma que mantenía unidas las partes de la tierra. Descubrió que su lanza seguía ensartada en la sien del monstruo y, sin embargo, seguía vivo. En el cielo se extendieron nubes negras con premura inusitada. La diosa guerrera las veía borbotear al apresurarse y lanzar las primeras centellas, mientras, al extremo de sus fuerzas, intentaba resistir la presión del gi-

gante en la esperanza de que la ira de su padre no tardara en rugir. El sarmiento fulgurante de un rayo zigzagueó desde lo alto y alcanzó al gigante en la cabeza, recubriéndola de zarcillos que relampagueaban. Así perdió el monstruo el control de su cuerpo, los miembros se volvieron fláccidos, los ojos salieron de las órbitas, la boca le quedó desencajada, y Atenea escapó de su presa. Cuando acabó la descarga, se mantuvo en pie por espacio de un suspiro. Luego se derrumbó hacia atrás y su cuerpo quedó flotando con el aspecto de un islote.

Atenea subió a su pecho bestial, en el que todavía ronroneaba su respiración. Sentía bajo los pies el latido acompasado de un corazón del tamaño de un toro. Tomó el asta de su lanza y la extrajo de la sien estirando con brío. La herida, aunque era atroz, no sangraba. Se cumplía la profecía: no podían matar a aquellos monstruos.

◦◦◦

Por el humo espeso que se elevaba entre las arrugas de la abrupta Lemnos sabían los isleños que el inmortal que laboraba bajo la piel de la isla estaba enfrascado en alguno de los trabajos que de continuo le solicitaban los de su raza. Allá abajo, en las entrañas de la Tierra, crepitaba el fuego en las fraguas, excitado por enormes fuelles. El divino artesano Hefesto se afanaba en su taller sin parar mientes en las chispas que le tocaban la piel y los cabellos, sudando copiosamente. Con guantes hechos de telas ignífugas y diminutos anillos engarzados, transportaba barras de metal con el extremo al rojo vivo hasta el yunque, donde las recortaba con grandes tijeras, las moldeaba usando hábilmente las tenazas mientras aún eran maleables y luego las martillaba para acabar



Atenea, armada con su lanza y acorazada con su casco, saltó a buscar al gigante.

de darles forma. Cuando obtenía la pieza que necesitaba, la enfriaba sin perder tiempo en medio de las columnas de vapor que emanaban del agua borboteante.

Fue en una de esas ocasiones, en el momento en que se acercaba al tonel donde iba a sumergir la pieza para templarla, cuando advirtió que la superficie del líquido se perturbaba mostrando círculos concéntricos. Las paredes se estremecieron y llovió tierra desde lo alto de la bóveda. Temiendo que el techo se le viniera encima, Hefesto soltó el metal. En las aberturas que servían de chimeneas a su taller vio aparecer manos de dedos gruesos como vacas, que apretaban hacia los lados para partir la roca. No tardaron en ceder las rendijas y en resquebrajarse soltando enormes cascotes que causaron estragos al caer sobre las máquinas del herrero. Hefesto entrevió los rostros fieros que lo buscaban desde el exterior y que rugían con la furia de la tempestad mostrándole dientes marrones en crueles muecas. Reculó al comprender que se había equivocado al juzgar la amenaza de aquellos seres gigantes.

3

Un héroe mortal

Riadas humanas que arrastraban consigo carros cargados de enseres y fardos echados a la espalda con todo aquello que podía sostener un hombre inundaban los caminos en un fluir trastornado hacia el suroeste. La gente se alejaba en cuanto podía de las costas orientales y sus macizos montañosos, en los cuales se elevaban altas columnas de polvo. Cada poco el estallido de un brusco desprendimiento hacía saltar los nervios de los mortales, que apretaban el paso, sollozaban, clamaban desesperados a los cielos. La tierra trepidaba sin descanso sin que ellos supieran qué mal la afligía.

El gigante Alcioneo —de anchas espaldas y mente despierta— se hallaba encaramado a una cresta en una de las estribaciones del monte Osa e intentaba vislumbrar desde allí la cima del Olimpo. Solo lo separaba de la montaña de los eternos el valle del Tempe, por donde el río Peneo fluía calmoso en busca del mar del este. Sin embargo, allá arriba no podía distinguir

más que las nubes que se amontonaban para ocultar los picos, una formación de apariencia rocosa que se perdía más allá del tierno azul dando la impresión de ser una montaña inversa con sus raíces en la bóveda celeste. Cerca, en otro cresterío del Osa, se oyó una explosión y un derrumbamiento que despertó al gigante de su ensoñación. Su gesto se volvió furibundo cuando reunió todo el vigor de su musculatura en los brazos para alzar el mazo, un instrumento de metal fundido en una sola pieza. Volteó por encima de sí la cabeza de la herramienta para luego descargarla bajo sus pies contra la pared de la montaña. El muro se partió en grandes bloques y se vino abajo por entero. Alcioneo se despeñó en medio de una tormenta de polvo.

Abajo, la neblina de arenisca ya no se disipaba, sino que, seca y hostil, cubría los pies de la montaña y se extendía por el valle, donde era imposible ver nada y ya nada podía vivir. Los gigantes se abrían paso a través de ella para revolver entre los escombros, de donde tomaban los mayores bloques y, cargándolos sobre sus espaldas, se los iban pasando de uno a otro en una extensa cadena que se perdía a la vista. Los restos de la pared que había desplomado Alcioneo se removieron, precipitándose unos sobre otros. Apartándolos, el gigante salió de debajo de ellos. Estaba cubierto de polvo pero sin un solo rasguño. Con desatenta ligereza se echó la maza al hombro y después reemprendió el camino hacia lo alto. Veía que un águila volaba en círculos por encima de ellos, pero poco le importaba.

◇◇◇

Cuando el águila se posó, su forma se expandió y sus rasgos animales realizaron su transformación. Recuperado su aspecto, el padre de dioses y hombres, Zeus omnipotente,

recogió con ánimo agresivo el cayado que había dejado clavado, esperando a su regreso, y remontó con paso acelerado las anfractuosas laderas blancas del Olimpo. Asía el báculo con tanta fuerza que, sin darse cuenta, su mano despedía centellas que ascendían hasta el extremo y chispeaban en el aire. La nieve se derretía ante sus pies. A través de los huecos que quedaban entre las nubes se vislumbraba la zafia acumulación de material rocoso que se conformaba abajo. «¿De dónde han sacado esas herramientas groseras? ¿Quién las ha forjado?», pensaba furibundo. «¡Hefesto! ¿Acaso nos has traicionado? ¿Por qué no contestas? ¿Te escondes de mí?» En la ofuscación que le producía su enojo, no acertaba a darse cuenta de que el divino artesano no respondía no porque lo ignorase, sino porque no estaba escuchando.

Desapareció la nieve bajo los pies del soberano celeste, sustituida por una alfombra de hierba sobre la cual la tormenta no osaba descargar. Zeus se incorporó al camino de losas blancas que se prolongaba en la gran escalinata. Por ella ascendió con el ceño fruncido, haciendo resonar el cayado en cada escalón. Al llegar arriba, atravesó el dintel sostenido por columnas y rematado con un enorme frontón, al otro lado del cual se alzaba, resplandeciente, la ciudadela celeste, que albergaba las moradas de los eternos. En ellas habitaban, cuando así lo deseaban, los miembros de su estirpe y también los descendientes de los titanes que habían pasado al bando de los olímpicos en la remota guerra. Caminó raudo entre sus calles pavimentadas con mármol. No había nadie en ellas, nadie a las puertas de las mansiones inmortales, nadie que acudiera con peticiones, exigencias o reclamaciones. En lo más alto, recortándose

contra la noche perpetua que latía en la bóveda celeste, centelleaba su palacio, el hogar del señor del universo.

Halló a muchos inmortales en la puerta del gran salón, murmurando con inquietud sin atreverse a entrar. Al abrirse camino entre ellos, se percató de que lo miraban de soslayo. Penetró en la sala donde se reunían los olímpicos. En el centro, sobre una mesa de mármol, se hallaba desfallecido Hefesto, con el cuerpo lacerado por terribles quemaduras. Sus parientes —Atenea, Hestia, Deméter, Ares, Hermes— se reunían alrededor, aunque guardaban una distancia atribulada, queriendo dejarle espacio para sanar pero al mismo tiempo recelosos por ver a uno de los suyos en semejante estado. Hera se lamentaba mientras acariciaba cariñosamente el pecho de su hijo y, sin decirlo, únicamente con su presencia, impedía que Afrodita, que estaba al otro lado de su esposo, lo tocase. El herrero respiraba quedamente.

Surgió de la oscuridad una imponente figura y se acercó a la mesa para hablar a Zeus. Era la titánide Temis, la primera de su raza que había tomado partido por el bando olímpico, pues en su infinita sabiduría había comprendido que el cosmos nunca estaría completo bajo la égida de Crono y que Zeus era la única potencia capaz de conseguirlo.

—El latido de la Madre Tierra está agitado —dijo.

Zeus le dirigió una mirada turbada, que apartó enseguida. No podía más que resistirse a lo que ella manifestaba. Tiempo hacía, era cierto, que recelaba del silencio de Gea, que había empezado con el final de la guerra, cuando tuvieron que recluir a los titanes en el Tártaro. La Madre de Todas las Cosas había estado de la parte de Zeus en el conflicto, pero su compasión no conocía condiciones y los titanes eran sus

hijos. Se había compadecido del mismísimo Urano, el Cielo cruel, y compartía con facilidad el sufrimiento de todo ser que habitara sobre su pecho. Pero, precisamente por ello, ¿sería capaz de trastornar la creación con otra guerra colosal?

Ares, que se había repuesto ya de sus heridas pero hallaba difícil de superar la humillación que sentía, bramó colérico:

—¿Cómo creen esos monstruos que van alcanzar nuestra ciudadela? ¡Tanto ignoran sobre este universo que es mucho mayor que ellos!

—Tal vez ellos no puedan alcanzarnos, pero tampoco nosotros podemos doblegarlos a ellos —repuso juiciosamente Atenea. Luego avanzó hacia su padre, decidida—. Si solo queda luchar, déjame acudir en busca de un paladín entre los hombres. Las palabras de Apolo no han errado hasta ahora.

Zeus escuchó, aunque parecía ausente. Dando la espalda a todos los reunidos, caminó hacia su sitial elevado. Héroes capaces de soberbios empeños medraban entre los hombres. Ahora bien, reflexionaba, que los inmortales se vieran obligados a poner el destino del universo en sus frágiles manos no podía quedar sin consecuencias, no podía ser un acto inofensivo. ¿Tal propósito perseguía la potencia que había arrojado sobre ellos la plaga de los gigantes? ¿Quería hacerles sentir la impotencia, la dependencia respecto a seres inferiores, a sus propias creaciones? Cuando Zeus llegó a los pies del trono, alzó la vista para admirarlo. Poco más que un asiento glorificado le parecía en ese momento. Su voz profunda rompió el silencio:

—Ya no pueden campar por el mundo fuerzas desatadas. —Se volvió hacia Atenea—: Busca entre los hombres a quien sea capaz de aniquilar a los gigantes.

Su hija asintió y salió de la sala al punto para cumplir el encargo, pues no había tiempo que perder. Ares miraba al suelo con los puños apretados. Sobre la mesa, Hefesto comenzó a toser y a jadear tomando profundas bocadanas de aire. Poco a poco recuperaba el sentido.

◇◇◇

Un apéndice enfermo, degenerado, una excrecencia sobre la piel del monte Olimpo, con esa apariencia subía la construcción de los gigantes desde la costa por el barranco del río Enipeo, que había quedado sepultado bajo la piedra, y luego por la empinada ladera este. Durante largas jornadas, con todas sus noches, habían bregado los gigantes con grandes rocas que transportaban desde el sur a lo largo de la costa para hacer ascender su montaña parasitaria. A medida que se acercaban a las cumbres cubiertas por la neblina se volvían cada vez más silenciosos y reducían el número de sus cuadrillas. Parecía que su ímpetu aflojaba, hasta que de pronto, cuando ya casi acariciaban las nubes, los trabajos se detuvieron. La brisa se fue llevando el polvo de los valles y el desastre en los contornos del Osa, convertidos en un desierto rojo, quedó a la vista. Sin embargo, no había rastro de los gigantes. La obra de asalto parecía abandonada. En la fortaleza del istmo de Flegra, los esclavos se revolvían ya, buscándose unos a otros, reagrupándose aquellos que venían de los mismos pueblos, que servían a un mismo rey. Los caudillos llamaban a los suyos y estudiaban las defensas, planeando la huida.

Inspeccionando con ojos coléricos el burdo bastimento a través de las nubes, el fornido Poseidón renegaba junto a Zeus y se mesaba las hirsutas barbas. Había acudido en ayu-

da de su hermano al ver que la amenaza era cierta. Yendo y viniendo sobre la nieve, los dos dioses veteranos debatían sin descanso, pero solo desde la distancia. Detrás de ellos, Ares desesperaba:

—Vayamos a buscarlos y saquémoslos de su escondite.

Atenea rio para sí, pues todavía sentía el peso del cuerpo desmayado de su atolondrado hermanastro en los brazos.

—Salgamos y habrán conseguido eso mismo de nosotros —dijo Poseidón.

Una vez más disputaron los olímpicos sobre cómo proceder a continuación con pareceres radicalmente opuestos.

Tal se encontraban, en lo más acalorado de la discusión, cuando un temblor sacudió las cumbres del Olimpo, que emergían de la nieve, peladas de vegetación, como colmillos de una bestia primordial. De modo imprevisto, las rocas estallaron aquí y allá despidiendo fragmentos que atravesaban las nubes circundantes y parecía que el monte hubiera trocado su naturaleza en la de un volcán. De cada boquete, de cada grieta, surgían gigantes en tropel, armados con herramientas atroces hechas de metal fundido. A medida que salían, partían el cielo con bramidos de guerra, se lanzaban entre las cimas con saltos imponentes y corrían por las crestas en busca del enemigo, al que suponían agazapado en algún lugar de aquellas peñas o al abrigo de la neblina. Recorrieron todos los riscos, agitaron las nubes, revolvieron las piedras y, sin embargo, solo hallaron guijarros, lascas resbaladizas, nieve, matorrales, retamas, cabras montesas que se despeñaban en su huida desesperada.

Subido al pico más elevado, Alcioneo escudriñaba alrededor y entre las nubes. ¿Dónde estaba la morada de los dioses? No lo entendía: la cima del Olimpo no era más que

la cumbre de una montaña. Rabioso, arrancó una gran roca con los brazos y la disparó hacia las alturas, acompañándola por un aullido rabioso que la hizo volar hasta perderse en la masa nubosa. Apenas un instante más tarde volvía a caer. Alcioneo se hizo a un lado y la vio estrellarse junto a sus pies y partirse en miles de fragmentos.

El soberano celeste, mucho más pequeño que aquella criatura monumental, se encontraba justo delante, tan cerca que hubieran podido tocarse, pero el gigante no lo veía porque un delicado halo translúcido separaba los espacios que ocupaban uno y otro, que, siendo el mismo, eran distintos. Desde su dimensión del universo, Zeus daba vueltas alrededor de Alcioneo para estudiar su cuerpo desmedido. Ahora entendía que la obra de asalto había encubierto un pasadizo y le alarmaba no haber sido capaz de percibir las arduas operaciones que habían tenido que suceder en el subsuelo para llevar ese logro a cabo. Le preocupaba porque tal ocultación no era posible a menos que la Tierra se hubiera esforzado en ella.

A su lado, Ares se carcajeaba viendo las estúpidas caras de ofuscación de las criaturas:

—Deja que nos vean, que contemplen nuestras mansiones, que vislumbren por un momento lo que no pueden alcanzar.

Pero Zeus no estaba divertido, sino que el corazón le dolía. Que los gigantes ignorasen por completo el plano celeste en el cual se hallaba la ciudadela de los olímpicos tenía que deberse a que eran criaturas de la tierra y carecían de la capacidad de comprender los mundos que no fueran palpables. ¿Debía rendirse a la evidencia? ¿Era posible que Gea se hubiera alzado en su contra? ¿Era aquello un intento de la Madre Tierra para derrocarlo? Se volvió hacia los suyos:

—No desvelaremos nuestros secretos solo por vanidad.

—Pero tampoco por poquedad permitamos que mancillen nuestros lugares más sagrados —dijo Poseidón, inflamado.

Zeus le sostuvo una mirada de crispación. Una ira infinita encendía sus ojos, pero el señor del universo debía contenerse. Abrió los brazos y una súbita ráfaga de viento lo alzó sobre el suelo nevado del Olimpo celeste, situado más allá de los sentidos, mientras él describía un gran círculo en el aire con las manos en virtud del cual revolvía con violencia las nubes que había a su espalda.

Vieron los gigantes que los nubarrones se tornaban bulbosos sobre sus cabezas, que se oscurecían cargándose de fuerza, que se endurecían como si formaran en el cielo un muro que amenazara con desplomarse y aplastarlos. Al descerrajarse el rayo, les dolió en las osamentas como si todos sus huesos se hubieran partido a lo largo. Serpenteó bajando de las nubes como un suspiro y alcanzó a aquel de ellos a quien llamaban Porfirión, al que zarandeó en una red de zarcillos durante un instante que pareció eterno. Cuando el rayo se extinguió, Porfirión cayó al suelo hecho una masa de carne quemada. Incapaz de morir, gemía desgarrado por el dolor mientras sus músculos ennegrecidos, sanguinolentos, latían a la vista de todos. Los demás se echaron atrás. Tronaron los cielos de nuevo y los gigantes no esperaron a recibir más descargas del soberano del universo, sino que salieron corriendo en desbandada de regreso a los agujeros de los que habían salido. Atropelladamente, pisoteándose, saltaron entre los picos y se hundieron en las entrañas del monte, bajando por los túneles que habían practicado para llegar hasta allí.

Cuando hubieron desaparecido por completo, el aire que envolvía el pico más alto relumbró con un fulgor etéreo, matizado de colores imprecisos, del mismo modo que se presenta el arcoíris en la lejanía. Si algún gigante se hubiera quedado para verlo, hubiera distinguido a través del tornasol las colinas del Olimpo celeste, y más allá, en su cumbre, la ciudadela de los eternos iluminando la noche cósmica. Los olímpicos atravesaron el tenue umbral de los mundos como si cruzaran bajo una cortina de agua. Zeus inclinó la cabeza hacia el señor de los mares, cuyo tridente tenía el poder de agitar las aguas y las tierras. Poseidón se destacó de los demás para elevarse sobre un saliente de roca desde el cual se divisaba la ladera oriental en toda su caída hasta el barranco del Enipeo y luego el mar. Alzó las tres puntas hacia los cielos y luego las descargó contra el suelo invirtiendo toda su fortaleza. Apenas se clavaron en la piedra, pareció que la montaña saltaba sobre sus posaderas a la grupa de un caballo enloquecido y se produjo una convulsión que se transmitió ladera abajo, deformando la corteza de la tierra en su viaje. Semejante a una ola monstruosa, arrasó la obra de los gigantes, que se vino abajo en un instante, devorada por una nube polvorienta.

◊◊◊

Cuando el terremoto se hubo calmado, la depravada construcción era solo un inmenso torrente de cascotes que se desperdigaban hasta llegar al golfo Termeo por la estrecha franja de costa que quedaba al este del Olimpo. Colocando la mano sobre las piedras, el soberano celestial sintió la respiración agitada de Gea y el tormento de Enipeo, el río, pero

no acertó a percibir ninguna otra presencia. Los olímpicos habían bajado a recorrer el paisaje de la catástrofe en busca de alguna indicación sobre la fortuna que habían corrido sus enemigos. Así se fueron separando de él Poseidón, Ares y Hermes, saltando aquí y allá sobre las rocas.

La gran señora Hera los observaba desde lo alto de un collado, entristecida ante la desolación de aquellos parajes que siempre le habían parecido bellísimos. Le dolía la pérdida de los senderos que se escurrían por frondosos bosquecillos, los saltos de agua que refrescaban apacibles recodos de esmeralda brillante, donde salían a beber cervatillos acabados de emerger a la vida y que se mantenían precariamente en pie. Nadie mejor que ella podía entender el sufrimiento de Gea, porque era el mismo de toda madre, capaz de ver los defectos de sus retoños pero jamás de odiarlos ni de permitir que padecieran sin rebelarse. ¿Por qué no les había hablado? ¿Por qué no había compartido con ellos su desconsuelo? Tal vez su hermano, el invisible Hades, tuviera respuestas a esas y otras cuestiones, pues, desde su extremo del universo, conocía mejor las entrañas de la tierra. Deberían ir a visitarlo a su reino, ya que estaba él tan poco dispuesto a abandonarlo. Si la Madre Tierra estaba enojada, debían recuperarla, no combatir contra ella, porque la guerra podría ser eterna y, al fin y al cabo, la mejor parte de la creación se alzaba sobre su anchuroso pecho. Vencerla, doblegarla, no solo era impensable, sino quqe supondría la propia destrucción.

De ese modo argumentaba la esposa celestial para sí misma sin parar mientes en lo que sucedía a su alrededor, ya que el estrago era tal que estaba convencida de que no podía haber nada ni nadie allí. Fue al oír un desprendimiento detrás

de ella cuando se volvió finalmente, pero ya era demasiado tarde. Unos brazos colosales con la piel calcinada se le cerraron en derredor y así se vio aprisionada contra un pecho en carne viva, todo músculo purulento y sangre. Apretándola con todas sus fuerzas hasta casi ahogarla, el gigante Porfirión se la llevó hacia el agujero del que había salido, la boca de uno de los túneles que habían practicado los suyos en el vientre de la montaña.

Zeus sintió la angustia de su esposa como propia hasta el punto de que le atenazó la garganta. Volviéndose rápidamente, alzó la mirada hacia la loma en cuya cima la había visto por última vez y advirtió que ya no se encontraba allí. Notaba su corazón acelerado martillándole el pecho: sin duda, sufría algún tipo de percance. Las emociones de Hera se transformaban rápidamente y se abría paso entre ellas una vieja conocida, la más familiar de todas. Su cólera incontenible estaba a punto de estallar.

Con la diosa aprisionada entre los brazos, Porfirión se arrastraba hacia la lobreguez excitado por las placenteras crueldades que planeaba infligir a su cuerpo. Sin embargo, resultó que de pronto le pareció que la presa ganaba más y más peso, y a cada paso que daba le costaba más avanzar cargando con ella, hasta que llegó a volverse tan onerosa que le flaquearon las piernas y tuvo que dejarse caer de rodillas. Veía el pequeño rostro de la diosa hundido en el interior de su abrazo, mirándole con los ojos enrojecidos, los dientes apretados, las sienes palpitantes. Daba la impresión de que estaba aumentando de tamaño y presionaba hacia el exterior con un ímpetu tal que Porfirión supo enseguida que no la podría contener.

El soberano celeste se sentía complacido: la gran señora no necesitaba que nadie la defendiera. Ahora bien, no por ello iba a abandonarla a su suerte. Se dispuso a impulsarse en un gran salto para ir en su busca, pero no llegó a hacerlo. Los pedruscos se removieron delante de sus pies y, en apenas un instante, se abrió allí mismo una sima umbrosa. Un tumulto de largos y gruesos palpos emergieron serpenteantes del interior, se aferraron a sus brazos y piernas y lo arrastraron adentro.

Por todas partes las rocas se separaban y los gigantes brotaban de debajo de ellas, sucios y deformes, como frutos corrompidos, con los rostros ceñudos buscando a los olímpicos. Al fin habían salido de su escondite los diosecillos de la montaña y los tenían en campo abierto, querían decir sus sonrisas maliciosas. Poseidón buscó a los demás. Se habían ido separando y estaban a mucha distancia. Un gigante corría ya en su dirección con la mirada fija en él. El señor de los mares balanceó el tridente por encima de su cabeza y se preparó para recibir la carga. En otro lugar del mar de piedras, viendo acercarse al enemigo, Ares se bajó el casco, asió bien fuerte su escudo circular y avanzó la lanza mientras afianzaba los pies sobre el suelo irregular. El último de los olímpicos, el mensajero Hermes, desenvainó la espada con desgana. Aunque jamás rehuía la pelea, prefería vencer con el poder de su verbo, pues la violencia le parecía un fracaso del ingenio. Ahora bien, no parecía que los monstruos gigantescos que corrían a por él fueran a pararse a escuchar. ¿Cómo podían detener a los gigantes si eran inmunes a sus ataques? Combatirían perpetuamente hasta que una de las partes quedara exhausta, y luego, tras un descanso, volverían a empezar.

Allá donde Hera había desaparecido, la cima del cerro relampagueó y despidió rayos en todas direcciones. Porfirión se vio volando por los aires, proyectado por un estallido de energía primordial que le ardía en el pecho. Cayó de bruces, aturdido, pero no tardó en levantar la cabeza. Hera había cobrado su mismo tamaño y convulsionaba el aire a su alrededor con movimientos de los brazos, rarificándolo, cargándolo de intensidad. Su cuerpo despedía centellas, sus ropas rasgadas mostraban una piel blanca y brillante, pura como el mármol, sobre la cual caía su pelo desbaratado. Al verla desatada, Porfirión sintió de nuevo la excitación. Se alzó y se abalanzó sobre ella, atravesando la ventisca preñada de chispas. Sujetándole los brazos con su fuerza indómita, logró detenerla. Entonces acercó su cara a la de ella y Hera retrocedió asqueada. Ese momento de vacilación lo aprovechó el gigante para desgarrarle la ropa y desnudarle el torso. Cuando ella pretendió cubrirse, la tumbó con un golpe en la cara. Porfirión gozó al ver a la gran señora, la poderosa reina celestial, tendida ante él, despojada de su dignidad, a su merced. Se dispuso a echarse sobre ella. Ya lo veía Hera encima, sentía su aliento, y su estómago se revolvía ante la idea de que aquel monstruo la poseyera. Fue entonces cuando la punta plateada de un arpón asomó a través del pecho del gigante, después de clavarse en su espalda. Atónito, Porfirión bajó la vista hacia la herida, por donde manaba negra sangre a borbotones, más y más sangre, sin que pareciera que nunca fuera a detenerse, empapando sus manos, corriendo por sus piernas. Con el gesto cuajado en una mueca de confusión, se desplomó hacia delante, al lado de Hera, de modo que la diosa pudo ver íntimamente, con todo su asombro,

que el hálito vital lo abandonaba para volar hacia el reino de su hermano, el oscuro.

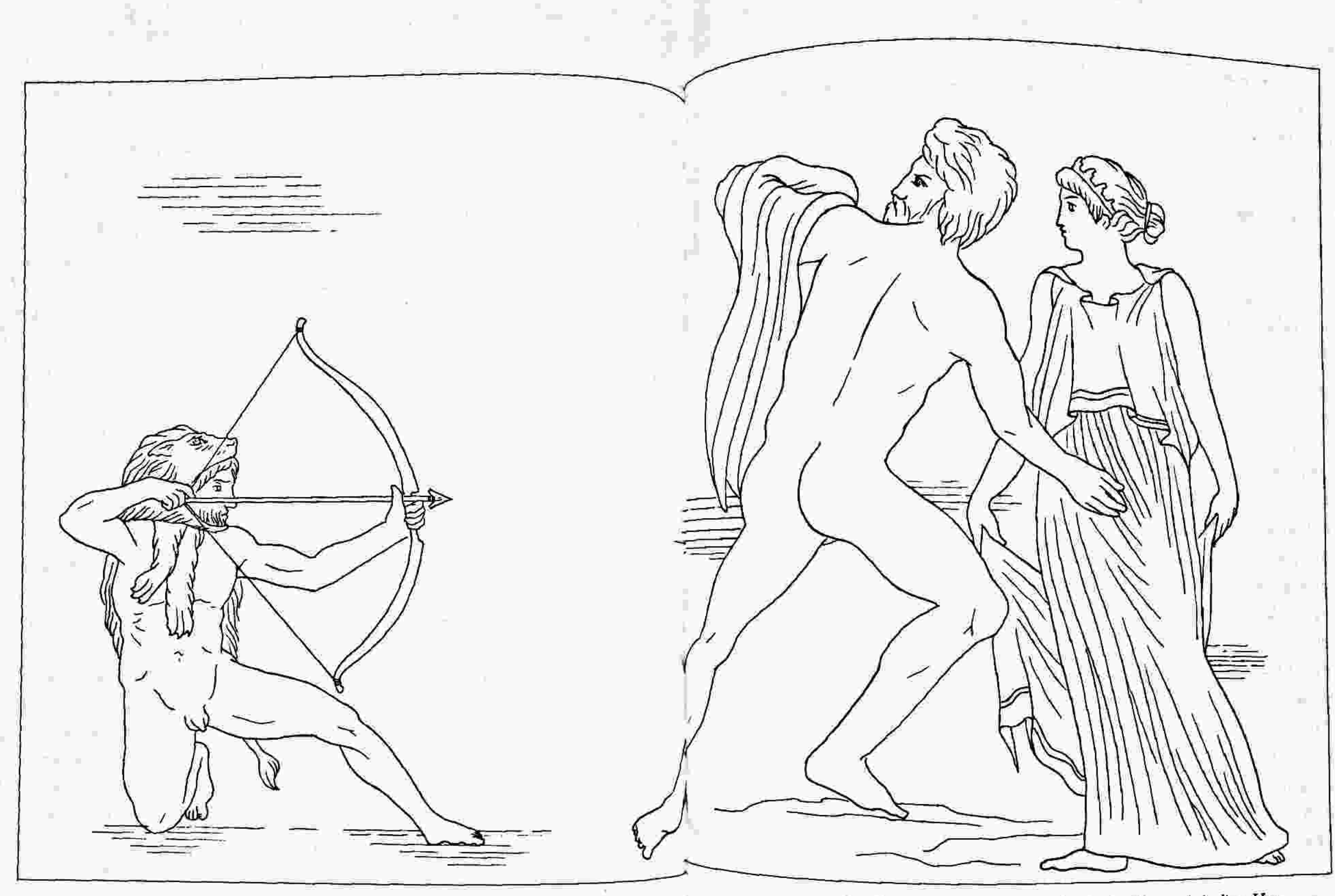
Una lechuza de plumas blancas y grises se posó a sus pies. Mirándola con sus insondables ojos, torció la cabeza en un gesto de curiosidad infantil, pero también de sabiduría. Cuando Hera se incorporó, vio que Atenea había hecho de guía al arquero que había salvado su honor, quien ahora corría hacia ella armado con un arco de longitud extraordinaria, capaz de disparar proyectiles de gran tamaño, y llevaba una piel de león echada sobre los hombros a modo de coraza. Sus brazos poderosos, la envergadura formidable de sus espaldas no le eran desconocidos. Aquel guerrero providencial que había logrado la primera víctima de la batalla era un mortal a quien no hacía tanto había odiado por ser bastardo de su marido y a quien, llevada por el rencor, le había buscado la ruina. Luego ella misma le había dado un nuevo nombre, aunque no para favorecerlo sino para darle la oportunidad de redimirse: «la gloria de Hera», así había llamado a aquel héroe, el mortal que les traía Atenea, su única salvación.

—Hera, gran señora —dijo el joven reclinándose cuando llegó a ella y agachando la cabeza.

La esposa celestial, tomándolo del brazo, hizo que se irguiera:

—Levántate, Hércules.

Esto ocurría en lo alto del collado, mientras que abajo, entre las piedras, se levantaba un viento inquieto que empezó a girar sobre sí mismo en forma de torbellino. Cobrando más y más nervio, a gran velocidad, fue arrastrando consigo pedruscos y arena, que volaban en círculo y emitían un silbido cada vez más furibundo, que acumulaba potencia por momentos. En resonancia armónica con el enojo



Aquel arquero providencial había salvado el honor de la diosa Hera.

de la ventisca, el torbellino arrancó en la tierra un temblor creciente de manera que el aire y el suelo vibraron en un rabioso abrazo, amándose salvajemente. Así fue hasta que, en el cénit de su intensidad, el ciclón se volvió desarticulado y pareció que sus anillos iban a salir despedidos en todas direcciones. El zumbido se volvió tan grave entonces, tan potente, que quedó más allá de lo audible. El universo entero enmudeció por un instante, en el transcurso del cual se oyó el silencio más horrendo, más doloroso que jamás hubiera existido. Le siguió una explosión de luz que, en forma de burbuja, hizo saltar la roca por los aires en millones de fragmentos. Llovieron cascotes a gran distancia, en el mar, en las cumbres de las montañas lejanas, en las llanuras de tierra adentro. Solo después regresó el sonido al mundo y fue posible oír los últimos pedazos de piedra cayendo aquí y allá, la brisa que se llevaba el polvo, el murmullo lejano de la marea volviendo a su lugar. En el centro del cráter, en un agujero vasto y profundo, yacía arrodillado el señor del cosmos con la cabeza gacha, aferrándose a su cayado. A su alrededor, por las paredes cóncavas, limpiamente seccionadas por la detonación, se esparcían despojos gigantescos bañados en humores y sangre: brazos, piernas, apéndices serpentinos, fragmentos de huesos, masas grasientas e informes, miembros y órganos de tamaño colosal que, despedazados, seguían agitándose, latiendo, rezumando sangre, segregando fluidos. Sosegadamente, Zeus se alzó y recorrió aquel infernal paisaje con una mirada fría bajo el ceño apretado. Descontento, comenzó a caminar para emprender la subida.

4

LA BATALLA DE LOS GIGANTES

Sobre las aguas del golfo Termeo se recortaban las velas en muchas direcciones, a la vista unas de otras. Aquí y allá huían flotillas, navíos, botes precarios atestados de personas, animales y equipajes improvisados, en los cuales bogaban los remeros impulsados por la desesperación para alejarse lo más rápido posible de la costa. Muchos vigías y timoneles avizoraron lo que parecía ser una embarcación deslizándose a velocidad de vértigo y que, al pasar junto a otros bajeles, causaba en las aguas una ondulación que los sacudía a riesgo de tumbarlos. Viéndola acercarse a toda prisa, una nave procedente de Homolio, en la desembocadura del Peneo, viró con brusquedad para evitar su trayectoria, pero la maniobra no fue lo suficientemente rápida. Los remeros gritaron para advertir al timonel de que le ofrecían el costado y que se les echaba encima. Atravesó el casco, quebró el palo mayor y, saliendo por el otro lado, partió el navío en dos mitades que

empezaron a hundirse de inmediato entre chillidos de terror y angustia. Todos quienes pudieron se agarraron a los restos que flotaban e intentaron sacarse del fondo del mar unos a otros. Algunos subieron a un trozo liso de la quilla que había quedado entero. Allí descubrieron que, en la embestida, había quedado algo clavado en la madera: era un tridente.

Así voló Poseidón sobre las aguas hasta que lo detuvieron los acantilados de una isleta, donde quedó incrustado. Al impacto, la pared se desplomó entera y el dios se vino abajo con ella. El silencio envolvió el rocoso paisaje, un lugar deshabitado, batido por la brisa salina, cuya aridez asomaba tímidamente en medio del desierto azul. Salió el dios de entre los cascotes respirando con dificultad, cubierto de arena. Todavía intentaba recuperar la vitalidad cuando lo convulsionó un dolor tan acerbo que lo hizo caer de rodillas: sentía corriendo por sus venas el pánico de la vida marina, aquellas hermosas criaturas que poblaban su reino y surcaban las corrientes con gráciles movimientos. Escudriñó el horizonte en la dirección por la que había llegado. No fue hasta que se encontraba ya cerca de la costa cuando advirtió una sombra que se movía velozmente bajo el mar y que se dirigía hacia él. Una cortina salada se levantó cuando el gigante saltó fuera del agua en su busca.

Al ver la mole que se le venía encima, Poseidón alzó los brazos y lanzó un rugido feroz. Con la misma intensidad que su chillido, se alzaron las aguas que rodeaban la isla en una crespa ola que cobró altura en un instante. Pasmado, vio el gigante que esta crecía hasta superarlo y se extendía hasta abarcar la isla por entero. El maremoto los cubrió como un manto, los extravió en su seno, los arrastró con su poder arrollador.

Muy al norte de allí, en el epicentro del caos del que huían los mortales, el Olimpo ardía como una gran tea. Los proyectiles de Hércules cimbreaban a través del fuego y dejaban remolinos de humo y pavesas tras su paso cuando descendían de las alturas. Abajo, los gigantes se parapetaban detrás de riscos ennegrecidos, pero eran lentos y voluminosos y, apenas salían de sus resguardos para lanzar rocas ladera arriba, exponían sus grandes cuerpos y las saetas caían infalibles sobre ellos, una tras otra. El veneno que impregnaba las puntas —la sangre de la hidra a la que el héroe había vencido en tiempo reciente— actuaba de inmediato y los hacía flaquear.

Ese momento de debilidad era el que aguardaba Atenea, quien caía sobre ellos desde los cielos como una estrella fugaz, rajándolos de arriba abajo con su lanza, y luego, cuando se tambaleaban, oscilaba el arma a un lado para seccionarles el cuello o abrirles la barriga y desparramar sus tripas humeantes por el suelo. Para protegerse de los contragolpes que, desesperados por el dolor, todavía lanzaban sus enemigos con troncos de roble en llamas a modo de mazas, la diosa se había envuelto el cuerpo con tiras de la dura piel de un gigante. De ese modo la veían ellos corretear entre sus altas piernas, con el casco y las armas deslumbrantes y la piel desollada de un hermano como coraza, y tanto se enfurecían como no podían evitar que el temor mellara su afán. Irritados, lanzaban ataques erráticos que la diosa esquivaba fácilmente con sus ligeros respingos.

A todo esto, Zeus ascendía por la montaña en busca de las cumbres, seguido de Hermes, a quien había llamado a su lado. El padre de dioses y hombres iba mirando al sol en los cielos y musitaba frases que su hijo no entendía pero que sonaban preocupantes. Presos de su percepción del tiempo,

se habían dejado absorber por la pelea, de manera que únicamente ahora el rey celeste caía en la cuenta de que aquella jornada se estaba prolongando en exceso. Daba la impresión de que el sol, después de alejarse un buen trecho, volvía atrás en una amplia curva en lugar de proseguir su camino hacia la puesta. ¿A qué podía obedecer un comportamiento semejante? Que tal extravagancia tuviera lugar en aquel preciso momento no podía ser trivial. Deteniéndose sin previo aviso, Zeus se volvió hacia su heraldo, Hermes, y lo tomó del brazo apretando tal vez demasiado:

—Helios. Ve a buscarlo y averigua por qué hoy el día no da paso a la noche.

Continuó su camino atribulado hacia la cima mientras Hermes alzaba la vista. El humo velaba la cegadora luz del sol y se podía observar su esfera. Era por ello que se hacía posible advertir que el astro vagaba allá en lo alto sin orden ni concierto. Tomando impulso, el mensajero salió volando con su vara alada hacia delante. El viento lo vapuleaba y trepidaba en sus oídos mientras las tierras, las montañas, los reinos de los hombres empequeñecían bajo sus pies. Pronto atravesó las nubes y, al otro lado, lo deslumbró el rey de los astros.

Desbocados galopaban los corceles de Helios —Flegonte, Aetón, Pirois y Éoo— porque nadie sujetaba sus riendas, y arrastraban tras de sí al sol ardiente hacia el norte, luego hacia el sur, más tarde de vuelta hacia el este como si pretendieran revertir el amanecer. Allá arriba, en los aires más elevados, se encontraban Eos, la sonrosada, y su bella hermana Selene intentando calmarlos con arrullos. Pero ninguna de las dos lograba que obedecieran, porque los ariscos caballos no se dejaban gobernar más que por su conductor. Encrespados,

daban un giro brusco en cuanto las veían y se alejaban en otra dirección.

—Pero ¿qué ha sido de su guía? —preguntó el heraldo a Selene.

—Ha caído al mar, alcanzado por un proyectil. Lo he visto cuando le iba detrás.

Entretanto, en las estribaciones más meridionales del macizo del Olimpo, donde las pendientes eran más suaves y se divisaba el Peneo llegando al mar del este, el gigante Alcioneo había buscado la calma de una hondonada abundante en hayas para examinar las heridas de sus hermanos abatidos. Hasta él llegó Encélado, el más fiero de los suyos, cargando en los brazos otro cuerpo descomunal que había quedado sin vida. Soltó el cadáver ante su hermano, haciendo que un escalofrío sacudiera el hayedo. Luego descargó su puño con irritación encima de una roca y la dejó hecha añicos:

—Nos prometiste un reino. ¿Cómo es posible que haya ocurrido este desastre?

Alcioneo se irguió ante él. El otro lo superaba en altura y robustez, pero no en la bizarría de su gesto:

—¿Esperabas conseguir el universo con una victoria fácil?

—¡El brebaje! Un simple mortal nos aniquilará sin él.

—Aún no está listo. Hay que seguir luchando, hermano. —Fue a poner su mano sobre el hombro de Encédalo, pero este se la apartó sin esconder su aversión. Alcioneo apretó el puño y lo miró con dureza—. Nos precipitamos al lanzar el ataque. Bien lo sabes.

Encélado no tenía respuesta para esas palabras. Dando la espalda a su hermano, regresó por donde había venido, en dirección a la batalla.

Así discutían los gigantes mientras lejos, al sur, sentado en la oscuridad sobre un lecho de légamo untuoso, la cabeza de Apolo caía como desmayada al tiempo que sus ojos oscilaban frenéticos dentro de los párpados. Tenía las piernas cruzadas, los codos sobre las rodillas, las vértebras lastimosamente marcadas en su espalda a causa de la delgadez sobrevenida, semejantes a una sierra de cimas maduras. Se había dejado aturdir los sentidos por efecto de los vapores que saturaban la fosa, procedentes de centenares de grietas que los traían de lo más profundo de la tierra, porque seguía haciéndose muchas preguntas y a través de ellos su mente podía conectar con el útero del universo.

En su letargo profético, su respiración empezó a agitarse. Las aletas de su nariz se abrieron y cerraron con mayor esfuerzo para llevar a los pulmones el escaso aire que podían atrapar entre los vahos. Pero a cada instante sus esfuerzos eran más ineficaces, más agónicos. Cuando el dios dejó de respirar, una convulsión lo hizo caer sobre su espalda con la boca abierta y crispada, en un atormentado jadeo. Entonces abrió los ojos, aquellos ojos blancos en cuyo vacío se hallaba el conocimiento.

Desde la peña a la que llamaban «la flameante», que vigilaba el santuario de Delfos, Ártemis ojeaba las tinieblas que se habían acumulado lejos, al norte, en la dirección en que se encontraba el Olimpo. No eran nubes de tormenta amontonadas por su padre, sino el signo de un gran infortunio. Sentada en una roca, la diosa virgen, excelente cazadora, emplumaba sus flechas con movimientos ansiosos y las iba alineando sobre un retal de tela a medida que las acababa como si las hiciera formar ya para la batalla. Ardía en deseos de acudir en ayuda

de los suyos, pero no podía abandonar a su hermano hasta que se recuperara, pues aquel había sido el encargo de su padre, Zeus omnipotente. Cuando oyó pasos apresurados que ascendían sobre la escalinata de piedra caliza que habían construido los sacerdotes, el ardor creció en su pecho. Apolo llegaba hasta ella descarnado y lívido, pues se había recluido en las profundidades de la sima durante semanas para la incubación, pero por fin volvía a ser radiante:

—Apresurémonos, hermana —dijo—, pues nuestro padre no podrá ganar la guerra a menos que sepa lo que tengo que decirle.

◇◇◇

Una fina línea rasgaba el azul del cielo. Pronto se curvó su trayectoria, se precipitó hacia los bosques y aquello que volaba chocó contra el suelo levantando una nube de tierra. El océano verde retembló al impacto, huyeron las aves por encima de las copas en oscuras bandadas. Hundido en un agujero, Ares escupió tierra y lanzó un gruñido. Había perdido su lanza y su escudo, y ahora, al salir a la superficie, veía que su casco había caído hasta el fondo, entre unas zarzas, y le fastidiaba tener que ir a recogerlo, porque estaba muy disgustado. Desenvainó su espada corta y gruesa, y salió volando hacia los cielos para volver por donde había venido. Cuando se perdió de vista en la lejanía, salieron de la espesura con extrema cautela dos pordioseros roñosos, uno viejo y otro joven. Escrutando las nubes, se cercioraron de que el dios no volvía y entonces corrieron hacia las zarzas.

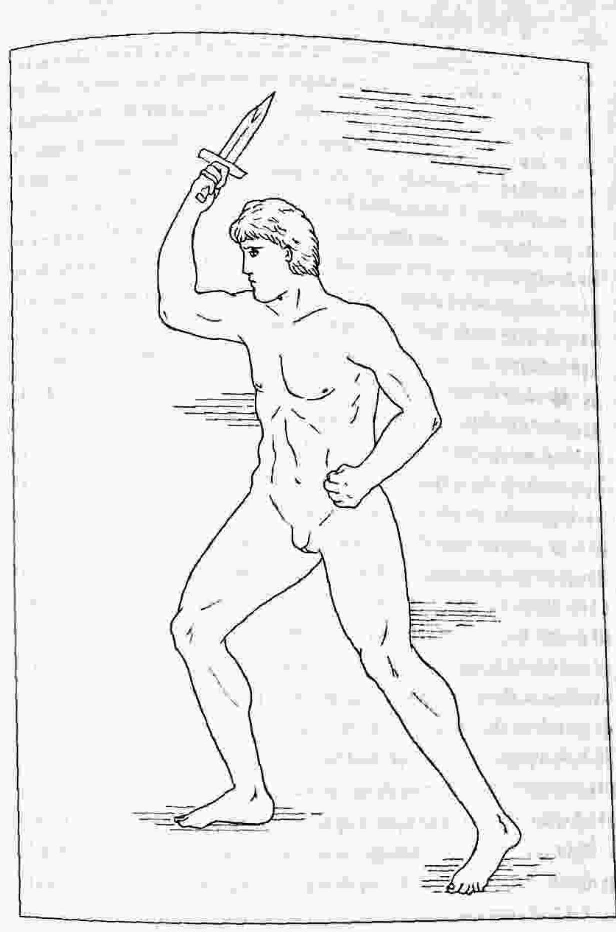
A través del incendio del Olimpo se abría paso el colosal Mimante arrancando robles ardientes de raíz que luego

lanzaba ladera arriba para llevar el fuego hasta lo más alto. De pronto oyó un silbido sobre su cabeza y, al levantar la mirada, vio que Ares caía frente a él, apoyándose en el suelo con el puño, la espada estirada a un lado, torva la mirada. El gigante se carcajeó:

—¿No has tenido suficiente?

Acometió contra él blandiendo un árbol encendido con el que intentó aplastarlo. Ares, mucho más pequeño y ágil, esquivó su ataque saltando hacia delante y aprovechó que el otro se había agachado para rajarle el pecho con una herida extensa y sangrienta. Luego hizo vibrar el filo de su espada con veloces movimientos para lacerar sus piernas una y otra vez, hacia un lado y hacia el otro. Vio que la mano del gigante descendía hacia él con la intención de apresarlo como un conejo y alzó la espada con el filo bien enhiesto. El mismo Mimante se la clavó con tanta dureza que la punta asomó por el dorso. Rugiente, el monstruo reculó. Sangraba por estas y otras heridas, todas las que Ares le había infligido en su contienda, y, sin embargo, seguía en pie. Viéndolo aturdido, el dios corrió hacia él y se lanzó contra su abdomen hecho un ovillo. Allí le golpeó con sus recias espaldas. Mimante se tambaleó, pero tampoco llegó a caer.

Ares lo contemplaba resollando. El más cruel de los olímpicos, el más generoso a la hora de repartir la muerte, se veía impotente. Había probado las tretas más indignas, las más salvajes, había abandonado todo tipo de freno y, a pesar de todo, no hallaba el modo de tumbar a aquella criatura. La rabia le ardía en el pecho, haciéndole palpitar el corazón con tanta fuerza que creía que le iba a partir las costillas.



Ares desenvainó su espada corta y gruesa y salió volando hacia los cielos.

El dios volvió a la carga arrastrado por la cólera. Mimante lanzó el puño hacia él, pero no pudo alcanzarlo, porque el dios dio un salto y se montó sobre su brazo. Por allí ascendió correteando velozmente sobre los pétreos músculos, y, antes de llegar al hombro, se tiró en busca de la cabeza del gigante. En medio del brinco, alzó la espada, que sujetaba como una daga, y se la clavó en un ojo. Sintió el aliento nauseabundo de su monstruoso oponente cuando este abrió la boca. Colgado ante sus colmillos parduzcos, se preparó para resistir el aullido bestial que proclamaría su sufrimiento. Tuvo que arrugar el gesto, cerrar los ojos, para aguantar el aluvión de sonido. En ese momento suspendido, un breve instante de desconexión, una presión feroz se cerró alrededor de su cuerpo. Mimante no había perdido la oportunidad de agarrarlo.

Con Ares dentro de su puño, bien apretado, el gigante fue en busca de una pendiente pronunciada. Contra la roca lo golpeó despiadadamente una y otra vez, de manera que la hacía saltar y la horadaba y parecía que pretendiera excavar otro túnel en la montaña. Tan arrebatado estaba por su frenesí que no se percató de la pequeña figura renqueante que se acercaba a sus pies. Hefesto llegó hasta él ignorando con audacia la lluvia de piedras que volaban en derredor y colocó la punta de un grueso perno de hierro sobre su empeine. Allí descargó su macizo martillo volcando todo su peso. El pincho sañudo atravesó piel, carne y hueso, y luego la piedra del lecho mismo, a la cual el pie quedó clavado.

Solo entonces Mimante soltó a Ares, a quien lanzó en la distancia, y, rugiendo, se volvió hacia el dios cojo, que huía corriendo sin perder tiempo. Como vio su torpe paso, al gigante le pareció que atraparlo sería tarea fácil. No sin

gran daño, arrancó el pie del suelo y fue tras él. Lo aplastaría como a un insecto y esparciría sus entrañas ante la vista de su madre, la esposa celeste. El dios corría, zarandeándose a causa de su cojera, entre los árboles al límite del incendio. Lo hostigaba el gigante tan ciego de odio que no se percataba de que se alejaba de los suyos para internarse en una vertiente sombría y fragorosa, donde la montaña quedaba cortada de modo súbito por elevados despeñaderos. En ese lugar dejó de ver al diosecillo y no supo por dónde continuar. Buscó abajo, en el bosque, pero, como no lo hallaba, levantó luego la vista hacia los riscos que quedaban en lo alto. Así fue como lo encontró orgullosamente erguido en un saliente de roca, justo por encima de él. Esperaba paciente a ser hallado, mirando con ojos aviesos. Una columna de humo se alzaba a su espalda. Mimante comprendió enseguida que había caído en una trampa. Con un martillazo, el dios herrero golpeó una gruesa palanca que tenía a los pies. Desde su lado, oculto a la vista, se volcó al instante un caldero inmenso que vertió todo su contenido sobre el gigante. El metal fundido, conservado al rojo vivo, lo bañó de arriba abajo y fue abrasando primero su cabello y su piel, y luego devorando su carne hasta dejar los huesos a la vista. El gigante cayó de rodillas e intentó sacudirse el líquido voraz de encima, pero solo logró despellejarse y quemarse los dedos. Se deshizo todo su cuerpo en una poza espesa y humeante que se fue solidificando hasta que se convirtió en un revestimiento inquebrantable fijado al suelo. En su interior se oía un murmullo levísimo, inconstante, difícil de aprehender pero imposible de ignorar, como el ruido de los roedores por la noche en los sótanos oscuros.

La marea incendiaria alcanzaba ya los últimos bosques del Olimpo, cuyos árboles se prendían con violentas deflagraciones. El fuego consumía por entero la montaña, excepto en los picos, porque allí la ausencia de vegetación y la nieve impedían su avance. La ceniza llovía sobre las cumbres peladas, donde el soberano celeste, inmutable, no dejaba traslucir su consternación ante el funesto espectáculo que se extendía bajo sus ojos. Ni siquiera en aquella guerra de tiempos ignotos los titanes, que habían intentado encender el mundo entero, habían logrado ultrajar su montaña de tal modo. Se volvió hacia sus hijos, que aguardaban a su espalda. Apolo tomó la palabra:

—Existe una planta de poder irresistible de la que son muy pocos los que saben. El brebaje preparado con su raíz hace inmune a todo daño a quien lo toma. Los gigantes confían en su efecto para derrotar a nuestro héroe, pero aún no disponen de ella.

—La conozco —dijo el rey celeste—. Brota raramente, aunque crece con gran rapidez. Como es muy frágil, hay que cosecharla con cuidado.

Ártemis dio un paso hacia él:

—Dinos dónde podemos encontrarla y evitaremos que caiga en manos de los gigantes.

—No puedo decirlo, porque no lo sé. Era mi convicción que ya no existía sobre la tierra. Pero es un fruto de Gea y solo ella sabe criarla. Si ha vuelto a crecer, únicamente la Madre Tierra sabe dónde está.

Después de oír sus propias afirmaciones, suspiró y se quedó pensativo, súbitamente empequeñecido por la revelación de su hijo, que parecía haber caído como un peso extraordinario sobre sus espaldas. Los hermanos cruzaron una mirada grave al ver la tristeza de su padre, porque ahora comprendían que, con sus palabras, acababan de confirmar las sospechas que él se negaba aceptar. El padre de dioses y hombres les dio la espalda de nuevo. Quería ahogar en su interior su decepción y su pena, pero también su enojo, porque, aunque lograsen derrotar a sus enemigos, deberían hacer las paces con la Madre de Todas las Cosas, y con ese propósito no debía permitir que la ira le confundiese. La familiar mano de su hijo se apoyó en su hombro en un gesto que pretendía reconfortarle. Dijo Apolo:

—Hay una entidad que atesora todos los secretos del universo, los pasados, los presentes y los que están por venir. Quizás a través de ella pueda averiguar dónde se encuentra esa planta.

—¿No has sabido ya todo lo que contienen los hilos de las moiras?

—No me refiero a mis hermanastras, sino a la materia misma del destino.

El viaje al útero del universo. Zeus llevó la vista hacia su hijo. Nunca se había intentado tal cosa. ¿Sería posible? Apolo no podría hacerlo por sus propios medios, sino que necesitaría también de su poder, y agotaría a los dos por completo durante un tiempo imposible de determinar. Apolo lo sabía tan bien como él, sin embargo, el anhelo brillaba en sus ojos. Ansiaba intentarlo y se sabía capaz de conseguirlo.

De pronto cayeron troncos en llamas sobre la nieve provocando densas humaredas. Los gigantes llegaban de nuevo a la cima, habiendo arrasado el Olimpo y sacado a los dioses de su refugio. Los olímpicos los vieron acercarse atravesando el

incendio, sobresaliendo sus torsos por encima del fuego. Zeus agitó los brazos describiendo círculos en el aire. Por encima de sus cabezas se creó de la nada una esfera de luz que se fue tejiendo por filamentos superpuestos al ritmo de los movimientos del soberano celeste. La cima trepidó y la nieve y las piedras se alzaron del suelo arrastradas por un temporal repentino. Al ver la esfera relumbrando sobre él, Apolo abrió los brazos, alzó el rostro, cerró los ojos y se dejó llevar. Su cuerpo se elevó del suelo, atraído por la luz.

∞

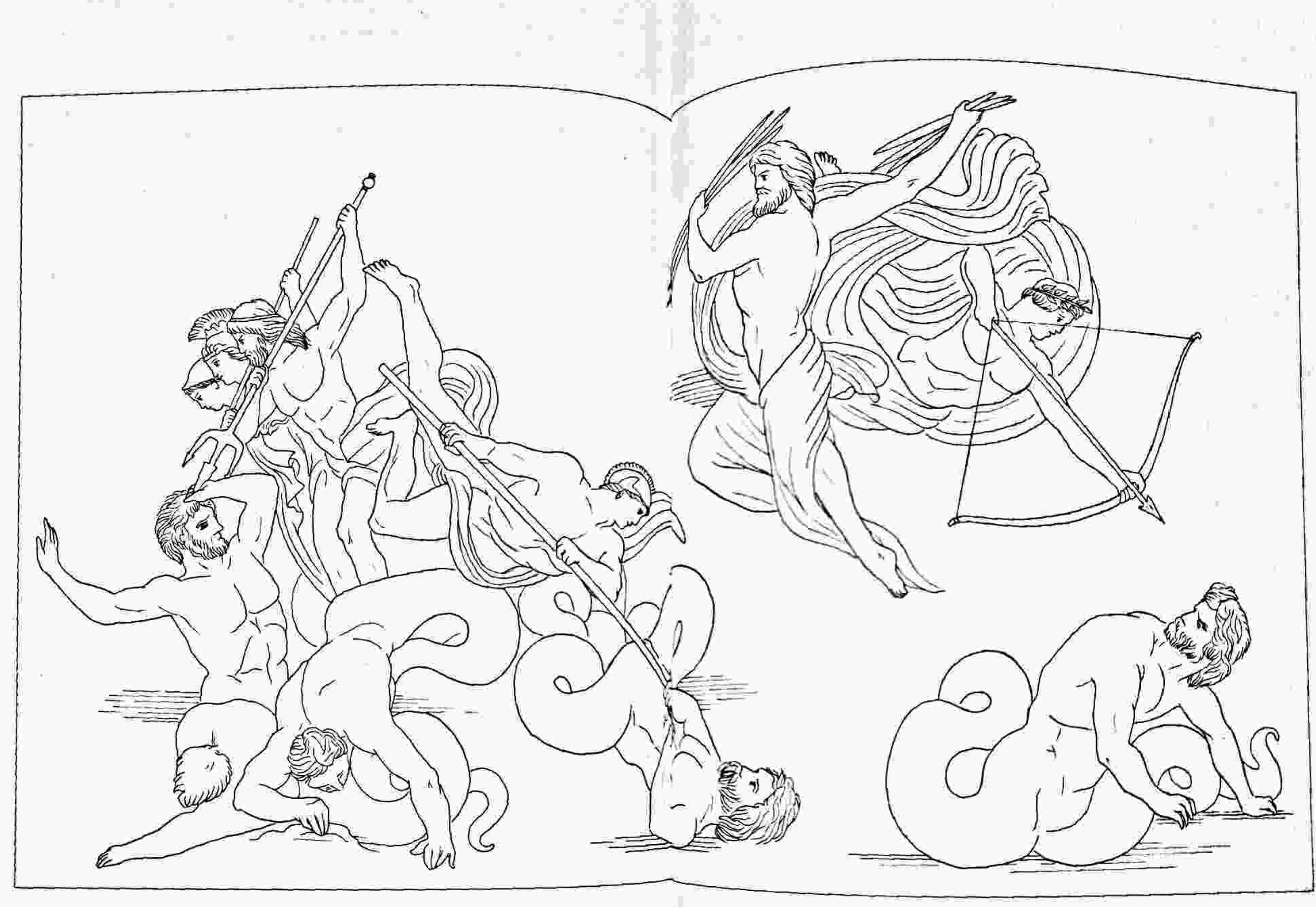
El primer gigante que atravesó el muro de llamas fue Gratión. Apenas llegó, armado con una basta pica de acero forjado, lo recibió una lluvia de flechas. Ártemis se deslizaba pendiente abajo sobre lascas de un desprendimiento, disparando y volviendo a cargar su arco sin perder tiempo. Vació su carcaj dardo tras dardo hasta dejar al gigante erizado de proyectiles por todo el cuerpo, los brazos, las piernas, el torso, la cabeza. Bañado en su propia sangre, que manaba por las heridas en abundancia, el gigante trastabilló y perdió pie. Cayó sobre una rodilla, expeliendo aire por la boca en forma de un grito mudo, y así quedó inmóvil por un instante. La diosa cazadora esperó a verlo derrumbarse definitivamente, sin embargo, ese momento no llegaba. Bien al contrario, Gratión logró reunir fuerzas para levantarse de nuevo y abalanzarse contra ella. Cuando ya se le echaba encima, oyó Ártemis pasar un suspiro al lado de su cabeza. Un grueso arpón penetró en la mejilla del gigante y, atravesándole la cabeza, le asomó por el cráneo tras perforarle el hueso. Al fin Gratión se desplomó sin vida.

Acercándose al cuerpo caído, Ártemis asió el proyectil decisivo y después apoyó un pie en la cabeza del gigante para arrancarlo. Era una flecha de grosor desusado, que solo se podría disparar desde un arco de longitud excepcional, tensado por brazos como había pocos. En la punta se olfateaba un tufo inmundo. Apenas Hércules llegó hasta ella a la carrera, la diosa puso la flecha en sus manos con el mentón bien alto. Como otro gigante salía ya del fuego, fueron los dos a su encuentro.

∞

Apolo sentía la luz lloviznando sobre su piel y abrió los ojos. Las paredes interiores de la esfera reflejaban la bóveda celeste como un cristal. Su ascenso se prolongaba parsimonioso y al mismo tiempo irremisible y creía el dios que rompería el cristal al topar con él, pero cuando alcanzó la parte superior la atravesó con la facilidad con la que se franquea el vano de una puerta abierta. Al pasar al otro lado, se encontró suspendido en la noche eterna. A sus pies brillaba la luna. Había salido de ella. Viniendo de algún lugar perdido en medio del vacío, vio que se extendía hacia él un filamento esponjoso, todavía sin hilar, que había escapado a los dedos de las moiras. Alargó la mano para ir a buscarlo, pero aún estaba lejos.

Pareció que su cuerpo perdía la ingravidez y se volvía de nuevo pesado. El aura plateada de la luna lo absorbía. Dentro del satélite, entre una bruma esplendente, entrevió a su padre en la cumbre de la montaña, agitando los brazos en medio de la ventisca para impulsarlo de nuevo hacia el éter. El costo inmenso de aquel esfuerzo hacía flaquear su poder, mientras los olímpicos se batían en durísima batalla alrededor de él para impedir que los gigantes lo alcanzaran.



Los olímpicos se batían alrededor de Zeus para impedir que los gigantes lo alcanzaran.

Con todo su empuje resistió Apolo a la atracción que lo quería devolver abajo y estiró de sí mismo hacia fuera, pero tanta fuerza como aplicaba era contestada con una fuerza contraria de intensidad igual, de manera que le parecía que él mismo se esforzaba a la vez por sostenerse y por caer. Un malestar turbio lo oprimió: creyó que los huesos, los nervios, cada uno de sus músculos iban a desgarrarse y a volar en una dirección distinta. No por ello cejó en su empeño, sino que siguió estirando de sí hasta percibir que las fibras de su materia se desgajaban unas de otra. Era una sensación atroz y placentera a la vez, porque se daba cuenta de que solo de ese modo podría alargar su cuerpo hasta tocar el filamento que pendía en el éter. Así, en lugar de huir del dolor, hizo un último esfuerzo para precipitarse hacia él, abandonarse al sufrimiento, a aquel tormento tan intenso que oscurecía su mente. Estaba a punto de alcanzar el hilo, ya casi lo tocaba, sin embargo, lo último que pensó era que finalmente se desintegraba.

◇◇◇

Hora tras hora el levísimo brote, apenas una brizna rematada por una yema, se endereza en busca de la luz del sol estacionario, germinando en medio de un estanque de sangre. Espeso y oscuro, va arribando el líquido gota a gota por las depresiones de los campos ondulantes: laderas, quebradas, angosturas. Brota sin cesar la sangre —como agua de un manantial cruento— de una herida que abre las venas de la muñeca de un gigante tendido. Agoniza la criatura por su propia mano, la misma que ase todavía un filo contrahecho. Más allá, en la arena de la playa, el titán del sol yace sin

consciencia junto a la roca que lo ha vencido en combate encarnizado. Ahora, lentamente, vuelve el calor a su cuerpo, siente el tacto de la arena en los dedos, la acidez de las heridas. Helios abre unos ojos blancos y mira alrededor: los bosques, los rompientes arrollados por la espuma, el contorno de la breve isla. Recuerda: Eea.

Con un parpadeo, Apolo recuperó el iris en su mirada y volvió de la visión al lugar en que se encontraba su cuerpo: suspendido en el aire dentro de una urdimbre de hilos infinitos. Allí halló los rostros de Cloto, Láquesis y Átropos, que lo admiraban atónitas. Todavía entumecido, más pasmado aún que ellas, resiguió sus miradas y se descubrió sujetando el extremo requemado de una hebra gruesa y desigual, llena de nudos, el último cabo suelto de un filamento intratable que pretendía escapar en todas direcciones para embrollarse con el complejo tejido de alrededor. Su firme mano, se daba cuenta, era capaz de mantenerlo en su sitio, de disciplinarlo, y esa capacidad se transmitía a través del hilo hasta la gigantesca nube de fibra de dónde nacía, una irradiación constante de poder, de energía, que destellaba en el interior del entramado y que ahora, resonando con su propia serenidad, parecía contenida, en paz.

5

Equilibrio universal

El gigante braceaba desplazando con sus manos vastas masas de agua, pero no por ello se veía más capaz de ganar la superficie. En derredor buceaba el señor de los mares semejante en agilidad al más leve de los peces mientras agitaba las corrientes para mantener a su oponente sumergido. Viendo cercanos los arrecifes de una gran isla, lo lanzó contra ellos. El monstruo se dolió, escupiendo burbujas de aire, pero enseguida aprovechó para aferrarse a los bajíos. Aunque el dios intentaba arrancarlo con impetuosos envites de las aguas submarinas, los dedos del gigante se incrustaban pertinaces en la roca. Salió a la superficie jadeando angustiosamente bajo el sol perenne. Todavía escupía agua, doblado sobre su estómago, cuando una columna de espuma se elevó de la superficie del mar portando a Poseidón en la cabeza, con el puño sólido, preparado para propinarle el más severo de los reveses. Sin embargo, el gigante se giró hacia él con

una agilidad inesperada y, haciendo oscilar su robusto brazo, lo atrapó en el aire y lo condujo hacia el suelo. El dios se vio aplastado contra las rocas, sobresaliendo únicamente la cabeza. Inclinándose sobre él para aplicar el peso de su mole al completo, el gigante le bramó en la cara:

—Cuando te lance al Tártaro junto a tus hermanos, el soberano celeste y el señor del inframundo, espero que recuerdes que quien te llevó allí fue el gigante Polibotes.

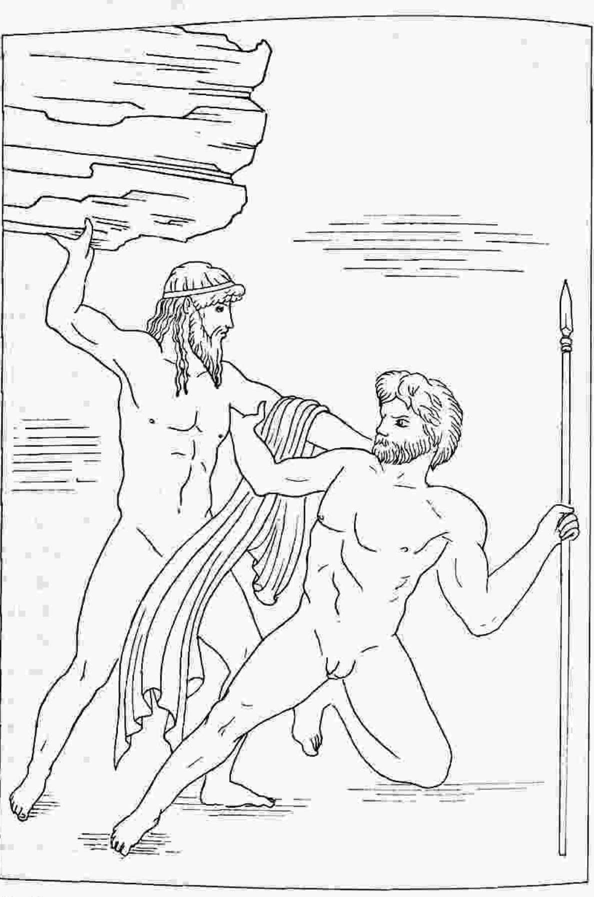
Los ojos de Poseidón se salían de sus órbitas, su cara se volvía cárdena, una mueca de dolor lo descompuso. El monstruo lo tenía totalmente a su merced y el dios sentía turbado su pensamiento. En ese momento culminante, cuando parecía que no quedaba nada más que hacer sino solo resignarse al destino, sucedió que el cielo se enfrió con una urgencia inusitada y pronto se apagó la luz del día como si algún poder hubiera ocultado el sol. Al instante brilló la luna en lo alto y titilaron las estrellas en la bóveda celeste. Aquel cambio repentino a ojos vista, la caída brusca de la noche, hizo que el gigante Polibotes se echara hacia atrás, sobrecogido. ¿Qué significaba aquel portento? ¿El fracaso de sus hermanos, allá en el Olimpo? Intentando recuperar el aliento, Poseidón vislumbró la turbación en el rostro de su enemigo.

Se levantó el dios penosamente con una rodilla en la tierra. Al tocar las aguas con una mano, pudo sentir el rumor del poderío de los mares, la pujanza de sus corrientes, el carácter indomable de sus criaturas. A toda esa potencia emitió su llamada, convocándola a concentrarse en su voluntad. De ese modo fue como el mar embraveció, oscurecido bajo la luz de la luna, y los vientos se agitaron. Solo entonces regresó la

atención de Polibotes a la pelea, pero ya era demasiado tarde: las aguas giraban alrededor de la isla, cada vez más rápidas, en una prodigiosa vorágine que tenía a Poseidón como su centro. Perdido el ánimo belicoso, el gigante miraba a uno y otro lado, buscando una salida para escapar, pero no la había. En su frenético virar, el mar espumoso se iba elevando en forma de un muro gris. Vio el gigante que el suelo se inclinaba con violencia y él se desplomó por causa de su peso excesivo, incapaz de mantener el equilibrio. Agarrado a las rocas con una expresión de pavor, le parecía que la isla se proyectaba hacia la luna con tal velocidad que le era imposible volver a ponerse en pie. Se notaba plúmbeo, se veía incapaz de desplazar ninguno de sus miembros. A medida que se alzaban, el suelo seguía inclinándose, su estómago se revolvía, la cabeza se le iba en un mareo. Sin entender lo que sucedía, vio que el cielo estrellado se apartaba como movido por un resorte y era sustituido por el mar nocturno. Entonces la isla entera se precipitó contra las negras aguas en una caída vertiginosa. La superficie líquida aplastó el cuerpo del gigante como una pared de metal. Luego, tragando agua salina a grandes bocanadas, se vio Polibotes irrefrenablemente empujado hacia el fondo del mar. Quiso gritar, pero no pudo porque el agua anegaba sus pulmones. Quedó incrustado en el lecho marino con el peso de toda la isla encima.

◇◇◇

Muy lejos, al oeste de allí, en otro mar, aunque al abrigo de la misma noche imprevista, se abría camino el señor del universo a través del frondoso tapiz de verde encendido que eran los bosques de Eea. A pesar del agotamiento tras su



La isla entera se precipitó contra las aguas, y aplastó el cuerpo del gigante Polibotes.

último esfuerzo, se apoyaba en su cayado sin cejar jamás ante el desaliento. Resecado, el arroyo de la sangre del gigante marchitaba la vegetación circundante y había hecho acudir a insectos, gusanos y alimañas con su hedor. Hasta el corazón de la isla lo siguió Zeus, y allí fue donde halló el estanque de sangre coagulada. La planta de la invulnerabilidad se retorcía en su centro, lastimada por la falta de luz. Ante los pasos del padre celeste, la sangre se apartó atemorizada, dejándole expedito el camino. Al llegar a él, Zeus admiró aquel brote diminuto, de aspecto débil, en ese momento el poder más temible del universo. Luego se agachó y lo arrancó de cuajo. En su mano no tardó en volverse mustio y él, al cerrar el puño, lo convirtió en polvo que luego dejó caer, sin que llegara a tocar el suelo porque la brisa se lo llevó.

El padre de dioses y hombres echó una mirada a las proximidades con ánimo de escrutinio, movido de modo absurdo por una esperanza infundada, la de encontrar a Gea en la isla para tener finalmente unas palabras con ella. Pero la Madre Tierra no estaba allí. Las nubes iban ocultando la luna en su vuelo apresurado hacia el este por el cielo umbrío. La tormenta saludó a su rey con el primer rayo, que, iluminando la noche, resquebrajó el aire y unió el cielo y la tierra. Arrancó la lluvia con violencia sobre el mundo.

Retrocedían las llamas en los bosques olímpicos bajo la tempestad, que parecía aún más fiera por efecto de las tinieblas, y las laderas se convertían en barrizales cenicientos. El gigante Alcioneo bramó, presa de un agudo tormento, cuando el dardo de Hércules le atravesó el hombro. El brazo se le quedó inmóvil, congelado, y el frío se extendió rápidamente desde la herida. El héroe corría ladera abajo, entre las espesas

fumarolas que alzaba el incendio al apagarse, y preparaba ya un nuevo proyectil en su arco. Sin embargo, cuando hubo tensado la cuerda, volvió su atención al otro extremo del páramo calcinado, donde Ártemis había alcanzado el ojo de un enemigo con una flecha. Hércules disparó hacia allí y colocó certeramente su dardo en el otro ojo. Aprovechando el respiro que esto le daba, Alcioneo asió el asta de la flecha y tiró de ella con decisión hasta arrancársela. La sangre le bañó el torso, aunque intentaba detenerla presionando con la otra mano. Vio en la distancia que Encélado reculaba más y más, y tampoco devolvía los golpes. Se miraron desde lejos por un instante. Todavía le observaba su rebelde hermano cuando Alcioneo se lanzó por el precipicio.

Al verlo despeñarse, Encélado tuvo la convicción de que había llegado el final de la batalla. Hacia él se dirigía Atenea con mirada torva dentro de su casco, la coraza de piel de gigante cubierta de sangre oscura, la punta broncínea de su lanza relampagueando con cada rayo desatado por la furia de su padre. No aguardaría sin más a entregar su vida, pensó el gigante. Como a un lado había una quebrada, corrió hacia allí y, al llegar al borde, dio un salto hacia la otra vertiente, donde había una pared casi vertical. Por allí resbaló pretendiendo frenar su caída con brazos y piernas, de modo que detrás de él se desprendían rocas, tierra y troncos carbonizados, como si se tratara de un alud. Mirando montaña abajo, Atenea lo vio huir a la carrera en dirección a la llanura.

Corría Encélado por su vida pisoteando los pastos desiertos, las tierras de labranza abandonadas, los senderos por los que habían desfilado las columnas de aquellos mortales que habían tenido que dejar sus hogares para huir de la batalla de los eternos. Sus potentes piernas arrasaban pueblos y ciudades todavía vacíos, cuyas construcciones se llevaba por delante, aplastaba sin darse cuenta o derribaba al rozarlas sin pretenderlo, pues solo pensaba en escapar. Buscando pasos a través de las montañas que lo llevaran hasta el mar del oeste, dejó atrás las tierras donde no vivía nadie y se encaminó hacia regiones que todavía estaban habitadas. Atenea, que seguía de cerca aquel rastro de destrucción volando entre las nubes con sus relucientes armas sedientas de sangre, se estremeció al ver que a su paso iban apareciendo campos donde pacía el ganado y poblaciones atestadas, y que el gigante los acometía sin miramientos, mientras causaba estragos en animales y humanos. ¿Cómo detenerlo? Si se enfrentaba a él y Encélado decidía resistir y presentar pelea, la devastación que podría producir su combate singular sería inconcebible. Ahora bien, cuanto más se demorara en intentar detenerlo, más mortandad extendería el monstruo en su carrera enloquecida.

Decidida a evitar más desastres, aceleró el vuelo, provocando con ello una detonación en el aire al hacerse más veloz que el mismo sonido. Así adelantó al gigante y, descendiendo casi en picado, se plantó a sus pies. Encélado la vio aparecer como si emergiera de la nada, irguiendo su lanza hacia él, y la arrolló sin poderlo evitar. Sintió que perdía el resuello cuando la punta del arma le perforó el estómago y al instante se dio cuenta de que sus pies se alzaban, perdían el contacto con el suelo a causa de la fuerza de su propia inercia. La pequeña diosa lo alzaba como a una bala de paja. Acuclillándose escasamente, la sabia guerrera tomó el impulso que necesitaba para dispararse hacia lo alto, llevando

al gigante como un fardo sobre su cabeza. La tierra se alejó ante la vista de Encélado, que avizoró desconcertado las nieves en los picos del Pindo, las aguas del mar sobre las que centelleaba la luna, las tierras que se abrían al oeste. El corazón le dio un vuelco cuando su frenético ascenso se detuvo repentinamente y entonces empezó a caer, acercándose al suelo a gran velocidad. La diosa lo empujaba con todo su ímpetu en dirección a una gran isla situada en el centro del mar, únicamente separada del resto del continente por un paso muy estrecho. Chilló el gigante, horrorizado, al ver que la tierra se hacía más y más grande a toda prisa, que la costa se extendía a uno y otro lado, y que, en ella, el pico de una montaña se le echaba encima. Se estrelló contra la cumbre.

En toda la isla retumbó la tierra y vibraron las edificaciones de los mortales. Quienes salieron a campo abierto para saber qué había sucedido, avistaron a mucha distancia una columna de polvo que se alzaba en el monte al que llamaban Etna en recuerdo de aquella ninfa hija del Cielo y la Tierra. El suelo se estremecía quedamente, aunque sin parar, asaltado por una fiebre viciosa. Los isleños lo notaban poco, pero el temblor les iba penetrando en el cuerpo de manera sigilosa y les iba doliendo adentro. Todos se abrazaban a quien tenían más cerca o se asían temerosos a columnas, árboles, rocas. Nadie osaba moverse e incluso los animales habían enmudecido. Los marineros que en aquel momento navegaban frente a la costa, sacudidos por la marejada que venía de la isla, vieron que la cumbre del Etna se partía y se desmoronaba sobre sí misma, y que luego, en medio de la tolvanera, rugía de ira y escupía sangre ardiente

a través de la herida. Bolas de fuego saltaban por los aires y lenguas de materia líquida al rojo vivo descendían por las laderas hacia el mar, levantando una humareda negra, pestilente, letal. Llovían pavesas encendidas por doquier.

En ese mismo momento, al otro lado del golfo Termeo, iban fugándose los esclavos de la fortaleza de Flegra por aquí y por allá, y perdiéndose luego en los bosques, pues las construcciones de los gigantes estaban hechas a su medida y no era raro que los pequeños mortales cupieran por sus rendijas y huecos. Muchos reyes y jefes de pueblos habían sido los primeros en salir, pero no Antifón de Sane. El joven monarca había aprovechado las tinieblas para buscar a su esposa e hijos y para reunir a los suyos, a la cabeza de los cuales recorría ahora las murallas en busca de espacios por los que poder escaparse.

Para liberar a cuantos pudiera lo más rápido posible, se había lanzado muralla arriba por la misma escalinata por la que los obligaban a laborar, haciendo pasar también a los sanios por las muchas grietas que hacía poco habían intentado taponar. Estaba ya muy arriba, explorando las irregularidades de la pared, cuando sintió una palpitación en su pecho que parecía leve pero que se hacía más potente por momentos. Las miradas de quienes tenía más cerca se volvieron hacia él. Todos lo sentían. Era la trepidación que provocaban los pasos de los gigantes. Se apresuró Antifón hacia arriba, hasta el borde del muro, desde cuya gran altura se oteaba un paisaje imponente. Viniendo desde el norte entre la bruma de la noche avanzaba hacia la fortaleza a velocidad pasmosa un cuerpo colosal. El rey corrió abajo dando la alarma:

—¡Vuelven los gigantes! ¡Ya están aquí!

El suelo temblaba con mayor brío a cada instante, mientras Antifón desalojaba la escalinata de sus sanios. La muralla vibraba ya ante la inminencia de la llegada, soltando pedruscos. El gigante estaba al otro lado. Tan pronto como Antifón sorteó de un salto los últimos escalones, el muro se sacudió y crujió al acoger la bestial acometida. Corrieron todos alejándose de la lluvia de rocas, mientras se agrietaba, se partía, se abría la muralla. El gigante Alcioneo, gravemente herido en un hombro —de donde brotaba la sangre como en una fuente—, penetró por la brecha con el gesto desquiciado, la mirada perdida, casi sin sentido. Dio unos pocos pasos titubeantes en los que se fue desmoronando hasta que no pudo aguantar más y se dejó caer con tremendo estrépito. Allí quedó resoplando sonoramente y apretándose la herida con la mano.

Los esclavos lo observaban con desconcierto desde lejos, sin osar acercarse. Pero Antifón no sentía temor, sino que se adelantó a examinar la abertura en el muro, porque su mente planeaba ya no perder la ocasión y congregar a los suyos para escapar por ella. Fue entonces cuando vio que una figura humana entraba en la ciudadela saltando por encima de los escombros. A través del polvo, apareció un héroe de complexión formidable, armado con un arco alto y recio, acorazado con una piel de león. Cuando saltó a la arena del interior y continuó su camino sereno hacia el gigante, todos los esclavos salieron de sus escondites y lo vitorearon. Como había algunos que habían oído hablar de él y de sus hazañas, su nombre fue imponiéndose entre los gritos indistintos de alegría.

—¡Hércules, Hércules!

Así celebraban los cautivos al verse liberados y se reunían alrededor del héroe para mostrar su agradecimiento, cuando el gigante Alcioneo se dio la vuelta y se incorporó. Todos corrieron despavoridos, salvo Hércules, que llevaba la mano a su carcaj y tomaba una flecha. Asombrado, vio el héroe que la herida mortal que había infligido al gigante había sanado sin dejar marca en el poco tiempo en que había permanecido tendido en el suelo.

Alcioneo fue a levantarse, pero un certero dardo del héroe volvió a alcanzarlo y a causarle una nueva herida cruenta. Cayó otra vez, bramando de dolor. Los arpones envenenados penetraban en su carne y le dañaban fácilmente, impidiendo que la sangre se coagulara, de modo que no dejaba de manar. Por eso, a pesar del sufrimiento que se causaba a sí mismo, asió sin perder tiempo el asta y se arrancó la flecha. La tiró hacia un lado con un gesto despectivo, mientras, ante la vista de todos, la herida dejaba de supurar, la carne se cerraba, la piel se recomponía y volvía a tener aspecto sano. Cundió el terror entre los esclavos, que gritaban y sollozaban, mientras se precipitaban de nuevo a sus escondites, perdida de nuevo la esperanza de recuperar la libertad. Solo Antifón se mantenía erguido entre el caos, observando a Hércules y a Alcioneo, estudiando la situación, intentando entender lo que sucedía.

Silbaron las flechas una tras otra y el gigante las fue recibiendo por todo el cuerpo —los hombros, las piernas, el torso, el cuello— mientras Hércules avanzaba hacia él, acosándolo. Retrocediendo a rastras, el caudillo de los gigantes iba dejando un rastro de sangre y, aunque estaba cada vez más débil, resistía todavía, pues las heridas se le iban sanando

a medida que se arrancaba las saetas. Preocupado, se daba cuenta el héroe de que pronto se le acabarían las flechas.

Antifón les seguía a distancia segura en contra de la marea de gente que huía. Así fue como se percató de que los ojos de Alcioneo se fijaban con ansiedad en la sima, el abismo circular que se abría en el centro de la fortaleza. El gigante se dirigía hacia allí y, a medida que se acercaba, parecía recuperar el brío mientras las flechas de su atacante le causaban menos daño. El joven rey se sintió desfallecer, pues vio con claridad el peligro que se cernía sobre ellos. Fue a toda prisa en busca de Hércules y le gritó:

—¡Esta es su tierra madre! ¡Aquí jamás podrás vencerlo! —Señaló hacia el borde de la sima, que se abría como un cráter—. Si vuelve al útero que lo engendró, lo perderás para siempre y no tardaremos en volver a saber de él y de sus hermanos.

Hércules comprendió con rapidez y echó mano al carcaj. Entonces se percató de que se había quedado sin proyectiles. Viéndose aliviado por ese instante, Alcioneo logró levantarse a pesar de las heridas y se encaminó cojeando hacia el abismo. Antifón buscó en el suelo con la esperanza de hallar alguna de las flechas que habían quedado tiradas. Como vio una de ellas, se apresuró a buscarla, pero, al cogerla, cometió el error de tocar la punta. Un ardor acerbo le arrasó la mano. La sangre de la hidra le quemaba la piel. Resistiendo, corrió hasta a Hércules para entregársela.

Llegaba ya Alcioneo a la boca de su guarida, se veía saltando adentro, poniéndose a salvo. Pero brilló la broncínea punta del dardo en la cuenca de su ojo, que estalló convertido en pulpa y le bañó la cara de sangre. Subiendo, la flecha

había penetrado por la nuca y le había perforado el hueso occipital. El gigante se retorció a causa del dolor, que le recorrió el cuerpo a través de su inmensa espina dorsal, giró sobre sí mismo y se desplomó de lado sin consciencia, con la mano hacia la sima, sus dedos tocando el borde.

Ágilmente llegó Hércules hasta él y, alzando sobre sus hombros uno de los grandiosos pies, gruñó en un esfuerzo supremo para tirar del cuerpo. Antifón comprobó con pasmo que la mole se movía, aunque apenas unos pocos centímetros.

—¡A mí, los sanios! ¡Venid! ¡Os reclama vuestro rey! —empezó a gritar agitando los brazos hacia los suyos.

Uniéndose a él sus hombres más fieles, se pusieron todos a tirar bufando y gruñendo, sudando copiosamente. Avanzaban poco, pero la voz urgente se corrió entre los esclavos y cada vez eran más los que acudían en su ayuda, hasta que el gigante Alcioneo, el que fuera caudillo de la raza rebelde de los gigantes, llegó a estar rodeado de cientos de hombrecillos diminutos que, uniendo su esfuerzo tal como hormigas, tiraban de él paso a paso, pie a pie, para sacarlo de su fortaleza. Allá fuera murió de sus muchas heridas, las que le había infligido el mejor de los héroes, hijo de Zeus y de la reina Alcmena, un eterno y una mortal, comunión de dos mundos, garantía de equilibrio, la argamasa universal.

LA PERVIVENCIA DEL MITO

Para los antiguos griegos, los dioses olímpicos representaban un orden basado en la armonía, el equilibrio y el conocimiento. No obstante, su llegada al trono celestial estuvo marcada por la guerra, primero contra los titanes, a los que arrebataron el poder, y luego contra los gigantes, una raza de seres de descomunal fuerza que, en nombre de Gea, la Tierra, intentaron restaurar el orden elemental de la naturaleza.

En muchos sentidos, el mundo de los dioses antiguos no es tan diferente del de los humanos sobre los que reinan: son seres inmortales y extraordinariamente poderosos, por supuesto, pero también proclives a dejarse llevar por las pasiones, el rencor y el egoísmo. Además, y a diferencia del Dios de las grandes religiones monoteístas, eterno en el sentido de no tener ni principio ni fin, estas divinidades nacen, se agrupan por lazos de familia, generación o clan, y luchan entre sí hasta que un bando consigue imponerse y dominar al resto. Esto es lo que se lee, por ejemplo, en una antigua epopeya babilónica, el *Enûma Elish*, posiblemente compuesta hacia el año 1900 a.C., que recrea un conflicto entre los partidarios de la diosa del agua salada, Tiamat, y los de Marduk, quien tras su victoria pasó de ser una divinidad agraria secundaria a convertirse en el rey de los dioses. El mundo caótico y primigenio empieza entonces a ordenarse, a definirse, a tomar un sentido.

Los dioses olímpicos de la antigua Grecia no son una excepción. El orden celeste, espiritual y racionalizado que ellos representan se

impuso al viejo orden telúrico, pero no a través de la razón o la palabra, sino del ejercicio de una violencia despiadada que no reconocía parentescos. Zeus derrocó así a su progenitor, el titán Crono, en una feroz guerra conocida como la titanomaquia, cantada por el poeta Hesíodo (siglo VIII a. C.) en su *Teogonía*. Y no fue este el único enfrentamiento: descontenta con el trato recibido por sus hijos los titanes, encerrados para siempre en el Tártaro, Gea, la Tierra, la Madre Primordial, engendró una raza de seres definidos por su espantable aspecto y descomunal fuerza, fiereza y brutalidad. Eran los gigantes, el último intento de volver al orden telúrico perdido. La pretensión de esas criaturas de asaltar el Cielo fue lo que dio lugar a la gigantomaquia o guerra de los gigantes (del griego *gigas*, «gigante», y *machei*, «guerra»).

LA VICTORIA DE LA RAZÓN

El de la gigantomaquia fue un mito especialmente importante para los griegos. Para algunos estudiosos, y dado que los gigantes son hijos de la Tierra, se trata de un relato surgido del intento de dar una explicación a fenómenos terrestres caracterizados por su violencia y carácter destructivo, como erupciones volcánicas y terremotos. Sin embargo, otra interpretación alude a la llegada, hacia el año 2000 a. C., de los pueblos de habla griega a la península helénica. La gigantomaquia, lo mismo que la titanomaquia, sería así la representación mítica del choque entre la cultura masculina y patrilineal de los invasores con la matrilineal de los habitantes de ese territorio.

Los griegos, sin embargo, lo tenían claro: la gigantomaquia representaba el triunfo de la razón y la civilización sobre la barbarie y la fuerza bruta. Es en este sentido como cabe entender el protagonismo que adquiere en el mito el personaje de Hércules, un ser hu-

mano mortal, aunque, como hijo de Zeus, con sangre divina. Pese a que se trata de un añadido posterior y un tanto incongruente, dado que este conflicto cósmico debió de ocurrir en un tiempo anterior a la creación de los seres humanos, su presencia, esencial para decidir el curso de la contienda, simbolizaba la alianza que debía darse entre dioses y hombres. Estos últimos, de criaturas desvalidas y mortales, pasaban así a tener un rol relevante en el mantenimiento de ese orden nuevo del universo establecido por los olímpicos. Ya en época clásica (siglos V y IV a. C.) y helenística (siglos IV y I a. C.), la gigantomaquia se convertiría en un eficaz motivo de propaganda política, al igual que otras batallas célebres, estas protagonizadas no por dioses, sino por humanos, como la de los centauros y la de las amazonas: todas ellas representaban el triunfo y la reafirmación del espíritu griego (y todo lo que ello comportaba de equilibrio y uso de la razón) sobre las fuerzas bárbaras que lo rodeaban y amenazaban.



En el tondo de este kílix de figuras rojas del 470 a. C. (Biblioteca Nacional de Francia, París), el llamado Pintor de la gigantomaquia de París siguió de cerca la descripción dada por Hesíodo y pintó al gigante Polibotes como un hoplita. Con su tridente y un peñasco arrancado de la isla de Nísiros, Poseidón se dispone a acabar con él.

Gigantes en otras mitologías

La del gigante es una figura presente en mitos de todas las latitudes y que ha perdurado en los cuentos y leyendas populares. Por lo general, se trata de seres violentos y de carácter maléfico, vinculados como están a la naturaleza más salvaje. El ejemplo más antiguo es el Humbaba del mesopotámico *Poema de Gilgamesh* (siglo XVIII a.C.), un gigante comparado con «la arremetida de una tempestad». En la mitología hindú se encuentran los daitias, una raza de gigantes que emprendió una guerra contra los celestiales dioses devas. También el mundo hebreo tiene su particular versión de estos seres, los nefilim, gigantes nacidos antes del diluvio y que, confiados en su fuerza, se opusieron a los israelitas cuando estos llegaron a Canaán. El más famoso de estos gigantes es Goliat, al que mató el pastor David con un disparo de honda. Pero si hay una mitología en la que estas criaturas adquieren una relevancia especial, esa es la germánica y nórdica, sobre todo por los ecos de la gigantomaquia que resuenan en ella: como sus equivalentes griegos, los jotuns son seres de considerable estatura y descomunal fuerza que defienden el primordial orden telúrico frente a los dioses acaudillados por Odín, señor del saber, la victoria y la muerte. Más modernamente, escritores como el francés François Rabelais (1494-1553), en *Gargantúa y Pantagruel*, y el irlandés Jonathan Swift (1667-1745), en *Los viajes de Gulliver*, recurrieron a los gigantes para satirizar su sociedad, mientras que el británico Roald Dahl (1916-1990), en *Mi amigo el gigante*, reivindicó el lado más humano de estas criaturas.

DE LA ÉPICA A LA ESCENA LÍRICA

A pesar de su importancia, la gigantomaquia no es un mito con un especial relieve literario. Es más, las primeras referencias escritas que se encuentran de él mencionan a los gigantes, pero no intento alguno de asalto al Olimpo. Así, si Hesíodo, en la *Teogonía*, no va más allá de constatar el nacimiento de esos seres del seno de Gea y de describirlos como guerreros «de resplandecientes armas, que sostienen en su mano largas lanzas», Homero (siglo VIII a.C.) se limita a hablar en la *Odisea* de un tal Eurimedonte, «el del altivo corazón, que reinó en los soberbios gigantes y al cabo a su pueblo insensato arruinó y a la par a sí mismo». Hay que esperar a la primera de las nemeas del lírico Píndaro (518-438 a.C.) para encontrar, en unos versos referidos a Hércules, una alusión al conflicto y al lugar en el que se desarrolló: «Pues incluso cuando los dioses en el llano de Flegra, salgan en lucha al encuentro de los gigantes, la cabellera lustrosa de estos, al golpe de sus dardos, impregnará la tierra». De hecho, la principal fuente escrita que trata la gigantomaquia es la *Biblioteca mitológica*, un manual atribuido al gramático Apolodoro de Atenas (siglo II a.C.) que no destaca precisamente por su altura literaria. Aun así, sus páginas, además de recrear los encuentros singulares entre los principales gigantes y los olímpicos, procuran una descripción de los hijos de Gea que rompe con la transmitida por Hesíodo e incide en su vinculación con la tierra: así, «insuperables por la magnitud de sus cuerpos e invencibles por su potencia física», son seres que presentan «espantosa apariencia, pues de su cabeza y mentón pendía espesa pelambrera y tenían por pies escamas de dragón». Lo mismo que la serpiente, el dragón es el animal ctónico por excelencia, pues está indisolublemente unido a la tierra en la que

ha nacido y en la que, arrastrándose, vive. El que sus armas sean rocas y troncos de árboles acentúa aún más ese vínculo con el mundo natural.

En época romana, Ovidio (43 a.C.-17 d.C.) trató el tema en su poema *Metamorfosis*, en el que le bastan doce versos para transmitir la pasión que empuja a los hijos de Gea a apilar montañas para asaltar el Cielo. Más espacio necesitó otro vate latino, Claudiano (siglos IV-V d.C.), si bien de su poema épico *La gigantomaquia*, compuesto en griego, solo han sobrevivido 128 hexámetros. Parte de ellos los ocupa la encendida arenga que Gea dirige a sus vástagos: «Vosotros, tropa de la venganza, alzaos de una vez. ¡Liberad a los titanes de sus cadenas, defended a vuestra madre! Tenéis ante vosotros las olas y los montes; no economicéis mis miembros, lanzadlos, yo lo consiento, como si fueran dardos con que aplastar a Júpiter [Zeus]».

En época moderna, y excepción hecha de algún poema hoy olvidado, como la *Gigantomaquia* del portugués Manuel de Gallegos (1597-1665), el mito apenas fue frecuentado. Y si esto es válido para la literatura, lo mismo puede decirse para la música. En este campo, no obstante, destaca la ópera *La guerra de los gigantes*, de Sebastián Durón (1660-1716). Estrenada en Madrid en 1702, en ella la lucha se convierte en una alegoría de la que entonces sostenían el francés Felipe de Anjou y el archiduque Carlos de Austria por hacerse con el trono español, que la muerte de Carlos II el Hechizado había dejado vacante. La victoria de Júpiter sería la del bando del candidato galo, quien, efectivamente, fue el que acabó imponiéndose años más tarde, en 1714. La música, aunque presenta influencias italianas, seduce por la frescura y el sabor de elementos melódicos y rítmicos característicos españoles, como tonadas, coplas y seguidillas.

UN MOTIVO PANHELÉNICO

Más que literario o musical, la gigantomaquia es un tema plástico que permite a los artistas abordar composiciones complejas que involucran a numerosos personajes. No obstante, la razón última de su auge no es tanto esta cualidad como las posibilidades propagandísticas que ofrece el mito, de ahí su presencia destacada no solo en los programas decorativos de templos y edificios públicos, sino también en el ámbito más humilde de la cerámica. En esta, las representaciones más antiguas muestran a los gigantes como guerreros con el casco, escudo, coraza y lanza propios de un hoplita, el soldado de infantería de la Grecia clásica. Es el caso de un ánfora ática de figuras negras del 520 a.C. (Staatliche Antikensammlungen de Múnich), que representa a Atenea luchando con Encélado; un kílix (copa similar a un cáliz para tomar vino) de figuras rojas del 470 a.C. (Biblioteca Nacional de Francia, París), en el que se ve a Poseidón con Polibotes, o un peliké (un tipo de ánfora) también de figuras rojas del 460 a.C. (Museo del Louvre de París) con Dioniso a punto de asestar el golpe final al rey Éurito.

Mas es en la escultura, y particularmente en el relieve, donde la gigantomaquia alcanza su mejor plasmación artística, y cabría decir también política. Uno de los ejemplos más tempranos lo constituye el tesoro (templete erigido como ofrenda) que los habitantes de la isla de Sifnos construyeron hacia finales del siglo VI a.C. en el gran centro espiritual de la Grecia antigua, el santuario de Apolo en Delfos. De estilo jónico, cuenta con un friso continuo en el que, con apreciable dinamismo, se representa la lucha entre los dioses y unos gigantes que, como los descritos por Hesíodo, van armados como cualquier otro héroe guerrero. Eso sí, son una masa sin rasgos individuales que los distingan entre sí, todo lo contrario que los

olímpicos, reconocibles gracias a sus atributos y fisonomía. Las metopas del templo F de Selinunte (Sicilia) y el frontón del tesoro de Megara, en Olimpia, abordan el mismo tema, por lo que puede decirse que la gigantomaquia constituía ya un motivo panhelénico: fuera cual fuera su origen y procedencia, los griegos se reconocían en los ideales de sabiduría, serenidad y armonía propios del orden divino impuesto por Zeus.

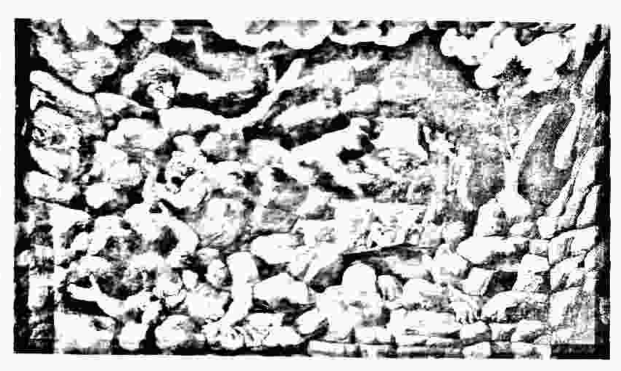
En época clásica, la gigantomaquia aparece en las metopas de la fachada oriental del Partenón de Atenas. Y no es la única batalla mítica representada en él: la amazonomaquia en la fachada occidental, la centauromaquia en la meridional y la iliupersis, o toma de Troya, en la septentrional completaban un programa concebido a mayor gloria de la Atenas que, poco antes de la construcción del templo, entre el 447 y el 432 a.C., había derrotado a los persas que habían invadido Grecia. Su victoria había sido la de la razón sobre la barbarie, igual que su sistema político, la democracia, simbolizaba el triunfo de la justicia y la libertad sobre la esclavitud de la tiranía. Un argumento este que, de paso, justificaba el empeño ateniense de imponerse al resto de ciudades-estado griegas...

Las representaciones posteriores de los hijos de Gea inciden en su vinculación con la tierra que les dio la vida: son seres de cabelleras hirsutas que mal cubren sus cuerpos con pieles de animales y usan como armas árboles y piedras. Algunos incluso muestran sus piernas convertidas en colas de serpiente. Los guerreros de Hesíodo dejan paso así a las criaturas ctónicas de Apolodoro. Este cambio iconográfico se aprecia en los frisos exteriores del Altar de Pérgamo, construido en honor a Zeus por Eumenes II (221-159 a.C.) para conmemorar su victoria contra los gálatas. Su *Gigantomaquia* es la culminación de la escultura helenística, una composición barroca y abigarrada que plasma con asombroso dinamismo y atención al detalle el fragor y la confusión de la batalla. Y todo con un claro mensaje propagandístico: el rey, encarnación del orden, como los dioses olímpicos, se ha impuesto a la barbarie representada por sus enemigos.

ILUSIONISMO Y POLÍTICA

Durante el Imperio romano, la gigantomaquia fue aprovechada en su sentido propagandístico, aunque también como alegoría moral de la victoria de la virtud sobre las pasiones. Es el caso, por ejemplo, de unos mosaicos del siglo III d.C. hallados en la localidad siciliana de Piazza Armerina, en los que se ve a los gigantes, caracterizados por sus piernas acabadas en serpientes, vencidos ya por los golpes de Hércules.

Sin apenas repercusión en la Edad Media, el mito volvió a resurgir con fuerza en el Renacimiento y el Barroco, cuando los artistas vieron en él un motivo ideal para crear composiciones monumentales en las que poner en juego todos los recursos de la perspectiva y el trampantojo, y los intelectuales, un incomparable vehículo de propaganda política al servicio del poder. Una obra pionera en este sentido es un fresco del italiano Perin del Vaga (1501-1547) para el Palazzo di Andrea Doria de Génova, en el que se ve a Zeus fulminando con su rayo a los gigantes que han osado rebelarse contra su poder, pero en el que, dado el contexto político genovés de la época, no es difícil imaginar una alegoría del emperador Carlos V y su disputa con Francia por hacerse con el control del norte de Italia. En la misma línea, pero a un nivel de osadía técnica mucho más extremo, se sitúan los frescos que Giulio Romano (1499-1546) pintó en el Palazzo Te de Mantua para la llamada (y con todos los honores) Sala



Arriba, detalle de la gigantomaquia del Altar de Pérgamo (Museo de Pérgamo de Berlín). Obra maestra de la escultura helenística, ocupa un centenar de losas de mármol. Toda la composición está dominada por el movimiento y el pathos de los gigantes, los unos alados, los otros con cuernos de toro o extremidades de serpiente, cuyos cuerpos se retuercen hasta límites inverosímiles. Abajo, uno de los frescos de la Sala de los gigantes (Palazzo Te de Mantua) pintados por Giulio Romano, todo un alarde de la capacidad ilusionista de la pintura.

de los gigantes. Con paredes, columnas y rocas que parecen desplomarse sobre el visitante, la composición, que ocupa todas las paredes y el techo, transporta al espectador al centro mismo de la batalla gracias al talento para el ilusionismo y la épica de este artista. El mismo gusto por el efecto se da en el fresco *El Olimpo: batalla con los gigantes* pintado en el techo del Palacio Real de Madrid por el español Francisco Bayeu (1734-1795), en el que los gigantes se precipitan de las alturas. Al margen de la pintura al fresco, merecen destacarse también *La caída de los gigantes* del italiano Guido Reni (1575-1642), en la que, mediante un audaz uso de la perspectiva, se ve a los hijos de Gea en el momento de ser sepultados bajo las rocas, y *La caída de los gigantes*, del flamenco Jacob Jordaens (1593-1678), en la que la misma escena recibe un tratamiento más dramático gracias al uso de la luz y la contorsión de rostros y cuerpos.

En escultura, sin duda una de las creaciones más originales es una fuente que el francés Gaspard Marsy (1624-1681) diseñó para los jardines de Versalles: en ella se ve al gigante Encélado prácticamente sepulto por las rocas que le lanza Atenea. El desesperado gesto del hijo de Gea por liberar sus miembros y seguir respirando, así como su obstinación por no dejar de luchar (su mano derecha todavía agarra una de las piedras para usarla como arma), impactan por su dramatismo.

Índice